

# Rafael González Álvarez (n. 1895)

Por MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO

La figura humana y veterinaria de don Rafael González Álvarez es demasiado rica como para someterla a la limitación de una sola pluma al servicio de un modo de ver forzosamente unilateral. Por ello, pensamos que vale la pena reunir unitariamente cuanto de modo disperso se ha dicho de él, sirviendo de pórtico el texto que figura en primer lugar, redactado tras dos largas sesiones de tertulia en su actual domicilio del Sanatorio «La Cigüeña», calle de Tapia de Casariego, núm. 9, Aravaca (Madrid-23).



## I. LA LARGA MARCHA DE UN VETERINARIO

Un 6 de octubre, cuando el estío prolonga la imagen calcinada del páramo, que rompe, como una bordura heráldica, la cordillera cantábrica en su vertiente iluminada de León, nació en esta ciudad don Rafael. Corría el año del Señor de 1895. Los hados nacionales no eran propicios,

pues se acercaba el desastre colonial, pero en la vieja ciudad, diminuta y familiar, a la que se le colaba el aire campesino por los cuatro costados, la vida discurría tranquila. Había sido fiesta el día anterior, nada menos que San Froilán, patrono de la diócesis. Buena romería en La Virgen del Camino, con olores acres de fritos y el punzante de las primeras morcillas de la temporada. Vino de Ardón y de los Oteros, más sidra de Villaviciosa, los ingredientes báquicos de las fiestas de los astures de ambos lados del espinazo montañoso que une, tanto como separa, a León y a Asturias.

En la calle del Instituto (después Daoíz y Velarde), aledaños de la calle de Serranos, nació en el seno del matrimonio formado por don Joaquín González y García, natural de Mérida (Toledo), catedrático de Anatomía en la Escuela Especial de Veterinaria, y doña Gumersinda Álvarez Lizarralde, de Brunete (Madrid), con extracción vascongada, el que, andando los años, sería una de las cabezas mejor organizadas de la Veterinaria, a la que serviría con puntualidad y honestidad constantes. La familia pasó luego a la «casona» de la calle de los Cuatro Cantones, más tarde del Correo (todavía hay en ella un «Bar Correo») y hoy de Cervantes, desde el año en que se conmemoró el centenario de la muerte del autor de *El Quijote*. El edificio destacaba del caserío circundante, de dos plantas, por tener tres altos pisos, además de unos bajos no menos elevados.

La vida ciudadana tenía el aire mortecino y de quietud tan añorado por quienes ahora «vi-



ven» en los horribles engendros de la especulación y la contaminación. Los mercados de miércoles y sábados inundaban la ciudad de campesinos, con sus atuendos de rico colorido, que traían a las plazas del Grano (Mercado) y Mayor sus mercancías (huevos, pollos y, según la época, fréjoles, verduras y pimientos de Fresno de la Vega, tomates de Mansilla, etc.), al tiempo que mercaban utensilios y vestidos. En las Plazas de Carnecerías y de las Tiendas (hoy fundidas en la de San Martín) había un «rastrillo», donde toda suerte de cachivaches, ropas usadas y aperos tenían acomodo, durante unas horas matutinas. Los domingos, la gran atracción la constituía la misa en Santa Marina, el antiguo templo de la Compañía de Jesús, a la que asistía el Regimiento de Burgos número 36, de guarnición en la plaza, con bandera y banda. Saliendo de sus cuarteles en la calle del Cid, pasaba por la Plaza de Torres de Omaña, junto a los caserones de los Lorenzana, para desembocar en la susodicha iglesia. Las galas de los oficiales, los resplandores y andar marcial de la banda, los brillos del armamento y los cordiales aires del pasodoble que es toda marcha militar española, encandilaban a chicos y mayores, que sentían como algo definitivamente suyo al Regimiento. Cuando, con motivo del ataque de los rifeños a Melilla, hacia 1909, fue preciso enviar a Marruecos *nuestro* Regimiento, la ciudad se sintió huérfana. En otras provincias, la campaña de Africa sirvió para desatar las furias antimonárquicas y antimilitaristas. En León, en cambio, vibró el entusiasmo patriótico más limpio y primitivo. Desde los monárquicos históricos, hasta los republicanos más furibundos, hicieron causa común y superaron banderías, para despedir con todos los honores y el calor más cordial a *sus* soldados. Don Daniel Calvo, director del periódico republicano *La Democracia*, dirigió al pueblo una arenga que no mejoraría en tonos patrióticos ningún militar enfervorizado, en la Plaza del Conde Luna, donde se imprimía entonces el periódico.

El padre de Rafael era un hombre serio y trabajador, que entendía su profesión de catedrático como una honrosa tarea en la que había de servir y no servirse. Con su colaborador, el señor Luque, dotado de notables cualidades como dibujante, se pasaba horas enteras en la sala de disección, para preparar ilustraciones originales,

que luego aparecerían en su *Anatomía comparada*, libro de texto para tantas generaciones de veterinarios españoles e hispanoamericanos. Dirigía la Escuela Superior de Veterinaria don Cecilio Díez Garrote, que vivía en el propio edificio del centro, en la plaza que entonces se llamaba de la Veterinaria y hoy honra a Santo Martino, al recibir el nombre de Paseo de la Facultad de Veterinaria, el flamante que discurre en la parte superior de Papalaguinda. Era típica la figura de don Cecilio, alcalde de la ciudad, con su andar solemne, encaminándose a la Casa Consistorial, sede del Ayuntamiento, acompañado a la distancia que imponía el respeto por Antolín, el alguacil. Eran catedráticos de la Escuela Martínez Baselga, autor de textos festivos, escenificables, sobre los eternos temas tópicos del matrimonio, la suegra y demás incidentes, y González Pizarro, zootecnista autor de una meritoria obra, que se imprimió en casa de los Herederos de Angel González, en la calle de la Paloma, número 17. Ambos pasarían a Zaragoza, donde volvería a encontrarlos don Rafael andando los años.

Rafaelín—como seguramente le llamarían en León, aunque su madre, madrileña, posiblemente prefería decir Rafaelito—hizo sus primeras letras en la escuela privada que estableció en León don Antonio Belinchón, maestro conquense, que la tuvo en la calle de la Rúa, frente al Cuartel de la Fábrica, antiguo Palacio de Enrique II, el de Trastámara. Recuerda orgulloso don Rafael su enseñanza no confesional, en la que tuvo como condiscípulos a notables de la vida local, como don Andrés Garrido, don Eleuterio Rueda, don Pascual de Juan, los hermanos de Paz y tantos otros. Naturalmente, también había otro centro de enseñanza privada no confesional, en cierto modo rival, que dirigía don Benito Blanco, uno de cuyos hijos era periodista en *La Democracia*. Aparte quedaban los colegios de «frailes y monjas», que empezaban a instalarse en la ciudad y que, con los años, tanta influencia ejercerían en la enseñanza, sobre todo a partir de la victoria de los franquistas en la guerra civil.

El muchacho es avisado y a los nueve años y medio ya está en condiciones de pasar al Instituto General y Técnico, obteniendo la dispensa de edad. Dirigía el centro don Juan Eloy Díaz Jiménez y Molleda, de respetable familia leonesa. Ya de edad



avanzada entonces, muy temeroso de coger catarras, siempre se protegía la boca con un pañuelo. Don Tomás Mallo, con don Ezequiel (don Rafael no recuerda el apellido), estaba encargado de la enseñanza de las matemáticas. Ambos eran competentes, pero del primero era proverbial su carácter extraordinariamente irritable y violento, que le llevaba a enseñar los teoremas llamando ¡burros! a sus discípulos y activando la comprensión y memorización de lo que trataba de enseñarles con abundantes tirones de orejas, en correspondencia, también, a las frecuentes travesuras de sus infantiles alumnos. El señor Mallo fue también alcalde de la ciudad y en su vida social dominaba bien sus impulsos. En la sonrisa de don Rafael parece adivinarse la duda de si tamaña conducta se aplicaría en las sesiones del municipio. Pintorescos profesores, alumnos y tiempos.

En el calendario leonés, la Semana Santa ocupaba—y aún ocupa—un lugar sobresaliente. Muchos de sus *pasos* eran de segunda fila, comparados con los más sobresalientes de la imaginaria castellana, pero algunos podían parangonarse con lo mejor de las Semanas Santas de Zamora y Valladolid. Pero no era el arte, en sí, lo que atraía a niños y mayores, de la ciudad y de su alfoz. Era el conjunto formado por un ambiente austero, misterioso y trascendente, que fundía los aspectos teatrales de los desfiles con la participación de un pueblo de fe interna y profunda y la mirada de los pura y simplemente espectadores. Todos, los participantes y los curiosos, sabiéndolo o no, formaban a modo de una tragedia griega, que no muy distante de ella está una Semana Santa de la discreción y religiosidad de la leonesa. Por supuesto, a los niños les impresionaban los gestos de angustia de Jesús, su Madre y discípulos, tanto como los exageradamente feroces de los sayones y soldados. Pero la vena infantil se identificaba más con santos de faz serena, como la Verónica y, sobre todo, San «Juanín», con su carita un tanto feminoide, sumamente estucada y brillante, de mejillas sonrosadas y tirabuzones movidos rítmicamente, a impulsos del andar de los *hermanos*, o *papones*, portadores del *paso*. Freudianamente, cabría pensar si en el santo infantilizado se concentraban unos oscuros sentimientos de orfandad. Sea lo que fuere, don Rafael quedó impresionado por la Semana Santa de León y, ya en Zaragoza, siguió

enviando artículos a los periódicos leoneses, uno de los cuales llevó la dedicatoria a San Juanín y apareció en *La Democracia*.

Tras los exámenes ordinarios de junio, la familia se trasladaba a la montaña leonesa, primero a Pola de Gordón, donde don Rafael recuerda un mitin de Gordón Ordás, que entonces iniciaba su actividad republicana. El líder veterinario habló desde un corredor típico de la vivienda rural de la zona, con fogosidad, liberando todo su caudal de ideas y emociones con el impulso ardiente que puso siempre en todo. Después cambió la familia a la Villa de Boñar, en las márgenes del Porma. De estos veraneos recuerda los sonos de los titos, la jota, etc., y las alusiones a las aguas de Vegamián, así como los parangones entre el negrilla y el maragato boñarenses y Madrid. Gracias a los discos grabados por la Capilla Clásica y la Coral Isidoriana, magníficos grupos musicales de León, ha podido remover tan viejas vivencias recientemente.

Los padres le ofrecieron una educación esmerada, con toques de sensibilidad que enriquecían los saberes puramente académicos. El «hijo de don Joaquín» tenía fama de tocar bien la bandurria y, en los días de mayo, cuando el viento no visita la ciudad y comienzan algunas tardes a ser algo bochornosas, acentuando el sopor del estudiante fatigado por la preparación de los últimos exámenes, Rafael, con su bandurria, y Pura, su hermana, con la guitarra, competían en el balcón de su casa de la actual calle de Cervantes con los trinos de los vencejos, que surcaban raudos los azules cielos leoneses. Los viandantes oían complacidos los arpegios de ambos hermanos. Más tarde, Rafael estudió violín y llegó a dar un concierto en el Colegio de Belinchón (después Colegio Leonés), cuando ya se había trasladado a su actual emplazamiento, en la plaza de San Isidoro, acompañando a Olvido, hija de don Antonio Belinchón. Por entonces—son los años de bachillerato—, Rafael tiene clases matutinas en el Instituto, y acude a las «de repaso» al Colegio de Belinchón.

Los González-Alvarez, que tan gustosamente vivían en León, echan de menos la Universidad para sus hijos. De ahí que don Joaquín decidiera acudir a las oposiciones que se convocaron para proveer la cátedra de Anatomía de la Escuela de Zaragoza, que obtuvo. Rafael terminó su bachillerato en la capital religiosa de la His-



panidad y, acto seguido, se matriculó en la Facultad de Ciencias (Sección de Químicas), donde enseñaba el sabio profesor Rocasolano. Cursa los tres primeros años y, simultáneamente, inicia como alumno libre los de Veterinaria. Uno de sus recuerdos más fieles es el del impresionante entierro de Joaquín Costa, cuyo cadáver embalsamado se expuso al público en capilla ardiente, como consecuencia del inmenso clamor popular que pidió que se le enterrara en Torrero y no en el cementerio de Graus, su pueblo natal. Allí reposa uno de los más apasionados hijos de Aragón.

Don Santiago de la Villa y Martín, que ocupaba la cátedra de Anatomía en la Escuela de Veterinaria de Madrid se jubiló, lo que permitió a don Joaquín trasladarse al centro de Embajadores que, por aquel entonces, era uno de los mejor instalados de cuantos componían la Universidad de Madrid. La capital de España pertenecía a sus ciudadanos y no se había transformado en un devorador de sus habitantes, como ahora. Un alumno podía asistir a enseñanzas de dos carreras, porque los horarios y las distancias lo permitían. Así, don Rafael termina sus estudios de Química en la Universidad de San Bernardo, en tanto que sigue los de Veterinaria en Embajadores.

La vida intelectual madrileña era intensa y su exponente más calificado, al lado de la Universidad, era el Ateneo. Interesado por los movimientos culturales, el joven Rafael comenzó a asistir a los debates de la tribuna pública, conociendo a las figuras más conspicuas de la vida nacional en la política, la ciencia y las humanidades, asombrándose del sello de libertad que resplandecía en aquella institución. Le propuso a su padre que le hiciera socio, a lo que accedió gustoso don Joaquín, al ver el interés por toda clase de saberes que tenía su hijo. La cuota de entrada era de 100 pesetas, escasa cantidad para el uso intenso que hizo de su biblioteca, abierta desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche. Allí conoció a personajes como Azaña, Ortega y muchos más. También llegó a trabar alguna relación con un opositor a cátedras de Instituto, más tarde ministro de Educación Nacional: José Ibáñez Martín.

La primera orientación del ya químico-veterinario es preparar oposiciones a cátedras de Física y Química, de Instituto. Cuando se convo-

can, sólo salen dos plazas, que se disputan veinte opositores. Los ejercicios fueron muy duros y nuestro joven licenciado, que aprobó todos los ejercicios, no llegó a conseguir plaza. Pero no se desanimó, sino que siguió trabajando, acudiendo a la biblioteca y aconsejándose de personalidades como don José Martínez Risco, catedrático de la Facultad de Ciencias, gran matemático y óptico, original e ingenioso científico, que le orientó en la formación científica. Don Rafael emprende entonces la preparación del doctorado en Ciencias Químicas. Pero... se convocan por entonces las oposiciones a cinco cátedras de Histología y Anatomía patológica, de nueva creación en las Escuelas de Veterinaria con Patología general y Exploración clínica.

Muchos años antes (1912) se había promulgado un Real Decreto, en el marco de la llamada Reforma del Sistema Educativo Universitario, de don Santiago Alba, por el que se creaban nuevas cátedras, entre las que figuraban las mentadas. Como tantas veces sucede en España, entre el *Boletín Oficial del Estado* y la propia realidad había mucha distancia, esta vez de diez largos años. Por fin, en 1922 se dotan las cuatro cátedras. Don Joaquín aconsejó a su hijo Rafael que abandonara el doctorado en Química y aprovechara aquella ocasión excepcional, dado que dichas cátedras carecían de tradición en Veterinaria y, por tanto, no contaban con personal preparado en número suficiente. Una vez decidido a acudir a la convocatoria, don Rafael inició su preparación práctica con don Joaquín Luna, médico ayudante de Cajal, a quien conocía del Ateneo. El doctor Luna tenía en su propia casa de la calle de Preciados un laboratorio de Histología, en el que, durante dos horas diarias, de mañana, nuestro opositor se adiestró en los cortes por congelación, las coloraciones más diversas y el diagnóstico histológico de los tejidos normales y de la textura de los más diversos órganos, de todas las numerosas especies domésticas y útiles. Como complemento, trabajaba también en la Escuela de Veterinaria, donde Miguel Toledano—después coopositor—era ayudante de Histología, con muchos conocimientos y experiencia práctica, en la que contaban también los métodos argénticos, entonces tan en boga gracias a los trabajos de Cajal y Golgi.

La convocatoria permitía presentarse a médicos y veterinarios, lo que disgustó profunda y legíti-



mamente a nuestros colegas, porque no había reciprocidad. Además, temían nuestros compañeros que los médicos pudieran obtener nuestras cátedras sin un conocimiento específico veterinario, valiéndose de sus medios más abundantes, su preponderancia social y, en último término, de la facilidad que suponía para ellos la escuela histológica que formaba Cajal, quien presidía el tribunal, del que formaban parte García Izcarra (catedrático de Madrid), Morros García (de León), Jiménez Gacto (de Zaragoza) y Alarcón Ramos (de Madrid). Entre los opositores figuraba don Abelardo Gallego, quien, por su preparación acreditada en sus trabajos de investigación, sus conocimientos del alemán, que le facilitaban la consulta de la gran producción científica de la escuela anatomopatológica e histológica alemana (Ellenberger, Joest, etc.), más su fuerte personalidad, era indiscutible *a priori*. Toledano, de quien ya hemos hablado, era también persona cualificada, con grandes posibilidades. Acudían asimismo al concurso-oposición don Tomás Rodríguez, de León; don Germán Saldaña, de Córdoba, y don Jesús Culebras, un veterinario gallego.

La oposición despertó considerable expectación, por lo que el público fue numeroso, abundando los médicos y un testigo excepcional: don Pío del Río Hortega. Los veterinarios del tribunal, siguiendo las instrucciones de García Izcarra, que no quería médicos en las Escuelas de Veterinaria, puso, entre otros, el tema de la viruela ovina. Gallego, que «tenía un genio muy vivo», protestó vivamente ante el tribunal, por estimar que ése y otros temas (era correcto, en cambio, el de la fisiopatología del corazón, muy en boga entonces) no tenían relación directa con la cátedra—lo que era cierto, salvo en lo relativo a la histopatología de los procesos—, pero sus argumentos no fueron estimados por el tribunal, que tenía sus secretas intenciones. Hubo una trínca memorable, en la que intervino Gallego «virulentamente», así como don Tomás Rodríguez, que atacó a don Rafael pensando que éste, como leonés de nacimiento, pudiera estar interesado en aquella plaza, que deseaba aquél. Lo cierto es que la oposición concluyó con un sonado triunfo veterinario, pues los opositores médicos se retiraron en los primeros ejercicios, por desconocimiento de los temas propuestos. El primer número, naturalmente, fue para Gallego, que eligió Madrid. Don Rafael obtuvo el número dos y pasó a Zaragoza. El

tercer puesto lo consiguió Toledano, pero, no deseando salir de Madrid, renunció a solicitar plaza, por lo que fue eliminado. Seguía don Tomás Rodríguez, «que sabía mucha Anatomía», destinado a León. Por último, Saldaña iría a la Escuela de Córdoba. No obtuvo plaza don Jesús Culebras.

El Ateneo rindió un homenaje a su socio, como era costumbre, harto frecuente, en aquella ilustre casa. Entre las personalidades que acudieron al banquete figuró don Pedro Sainz Rodríguez, ministro de Educación Nacional en los primeros gabinetes de Franco, posteriormente exiliado a Portugal, por discrepancias con el general. También el profesor Martínez Risco y, por supuesto, algunos veterinarios. La comida tuvo lugar en «Casa Botín», famosa por su preparación del cochinillo asado. Nuestro ilustre colega, que ostentaba en el Ateneo la Secretaría de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, había conseguido ofrecer una imagen digna de la Veterinaria, incorporando a la biblioteca las primeras obras relacionadas con nuestra profesión, entre ellas la *Enciclopedia veterinaria* de Cadeac, que había traducido Gordón Ordás.

Regreso a Zaragoza, donde permanece soltero durante dos años, albergado en una pensión que le había buscado un auxiliar de la Escuela, conviviendo con don Eduardo Respaldiza y un sacerdote serio y franco, muy al estilo aragonés, mosén Eusebio. Con el ardor juvenil y el sentido de la responsabilidad que siempre le caracterizó, don Rafael preparó minuciosamente sus lecciones, atendió a la instrucción práctica de sus alumnos y, por las tardes, acudía al laboratorio para completar su propia formación, descubriendo lo que él llama modestamente «mis mediterráneos»: tumores, lesiones de procesos infecciosos, parasitarios o degenerativos, en fin, la panorámica normal y alterada de los tejidos. La vida provincial permitía cultivar la institución nacional que es la tertulia, que tenía lugar en el Círculo Mercantil. La formaban catedráticos y hombres de letras zaragozanos, entre los que figuraban Respaldiza y el Marqués de la Cadena, título pontificio que ostentaba un periodista de *El Noticiero*. Este periódico convocó un concurso de cuentos, al que, sin advertir a su contertulios, acudió don Rafael con el que tituló *La carta que lo explicó todo*, de fondo autobiográfico, en el que relataba cómo el protagonista había conocido a su ama-



da—doña Luisa—en un concierto habido en el Circo Price de Madrid. Este trabajo obtuvo el segundo premio: el primero se lo llevó su sorprendido contertulio, el marqués, que nada sabía de las cualidades literarias de su amigo. Don Rafael, al recordar la sorpresa que produjo entre sus habituales del café, sonríe maliciosamente.

En Zaragoza interviene, por primera vez, públicamente en defensa de la Veterinaria. Con motivo de un amplio trabajo relacionado con el acceso a la Universidad y Escuelas Superiores, aparecido en *El Noticiero*, don Juan Moneva y Puyol, prestigioso catedrático de Derecho canónico, buen escritor, en un castellano sobrio y limpio, aludió de pasada a la Veterinaria, calificándola de «arte menor». Respondió don Rafael en *El Heraldo de Aragón*, demostrando lo gratuito de las afirmaciones del ilustre canonista, y recurriendo a la colaboración veterinaria con Pasteur, cuyo Instituto parisiense dirigía en aquellos precisos años nuestro colega el profesor Gastón Ramón, descubridor de las anatoxinas. El canonista, sin duda irritado por haber sido públicamente varapaleado por un miembro de la profesión por la que sentía tan poco aprecio, como poco conocimiento tenía, se enfadó y saltó criticando el presunto mal uso de los acusativos por parte de don Rafael (seguramente el «leísmo», admitido por la Academia de la Lengua, frecuente en León). Don Rafael cerró la polémica en la revista de *Veterinaria*, que editaba la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, con un memorable «zapatero, a tus zapatos» o, lo que es igual: canonista, a tus cánones, que de esto nada sabes.

Al crearse los Colegios de Veterinarios, una obra más de Gordón Ordás, se le nombró secretario del de Zaragoza, que presidía don Vicente Sobreviola Monleón. Ello le puso en contacto con la vida profesional veterinaria en el medio rural, anotando ya algunas diferencias del ejercicio, pues, mientras que los veterinarios toledanos que él conocía, de sus viajes a Mérida, tenían como fuente de ingresos prácticamente única el herrado, sin cobrar por los actos puramente médicos, los aragoneses tenían claramente diferenciada la percepción de honorarios por la atención de los casos de enfermedad, de la que correspondía a la «ferrocracia», como decía zumbonamente Sáenz de la Calzada.

Sin tomar una parte activa en la política, intervino en numerosos actos que testimonian su

preocupación por la cosa pública, junto con su talante liberal. Algunas conferencias tuvieron lugar en el seno de la UGT, el poderoso sindicato socialista. Sus compañeros de inquietudes políticas eran el alegre y «liberalote» Hernando y Buenaventura Orensanz Moliné, auxiliar de Cirugía de la Escuela y prestigioso dentista. Pero, según queda dicho, sacerdotes y personas plenamente conservadoras formaban también parte de su entorno amical. Igualmente figuraban en el ambiente social varios claustrales de la Escuela, en la que se vivía el sentimiento de la rebeldía veterinaria con toda intensidad. Precisamente por sentirse iguales a sus compañeros de profesorado en las Facultades, los profesores de Veterinaria solicitaron que, como a aquéllos, se les autorizara a usar en las clases el birrete académico. Don Rafael dice que jamás lo empleó, pero sí recuerda a Moyano, el hombre público de la Escuela, imprescindible en toda clase de actos, que vivía como un buen burgués, en el sentido más digno de la palabra y muy respetado, tocado con la susodicha prenda. También enseñaba por aquellos años Galán, presa de entusiasmos zootécnicos, que emprendió la campaña de divulgación con fe de misionero, divulgando los cultivos de alfalfa, raíces forrajeras, etc., con su fácil y fogosa oratoria. Martínez Baselga, sobrino de Costa, aragonés por fuera y por dentro, burlón e inquieto, poco amigo del estudio, pero intuitivo y dotado de gracejo, de quien se confesaba discípulo Gordón Ordás, cuando Baselga enseñó en León. López Flores, uno de los primeros bacteriólogos veterinarios, gran trabajador, observador y clínico de alto porte, a quien se deben interesantes contribuciones científicas sobre la durina en España. Don Moisés Calvo, protestante, miembro de la Iglesia Evangélica Española, a quien quitarían su cátedra por motivos religioso-políticos los nacional-católicos, años más tarde. Se dice que Ibáñez Martín, que, a su modo, pretendía ayudarle, le propuso que abjurara de su fe, aunque sólo fuera por pura fórmula, para poder reponerle en su cátedra. Nuestro dignísimo colega, que viviría sus últimos años en León, se negó.

Año de 1930. La profesión está de duelo: ha muerto don Abelardo Gallego. Don Rafael pasa por concurso a la cátedra de Madrid, y en la toma de posesión, convencido de la alta categoría científica de su predecesor, termina su discurso de toma de posesión con aquella modesta confesión:



«Señores, la cátedra de Gallego sigue vacante.» Madrid está en efervescencia veterinaria con la ANVE de Gordón, de la que es nombrado vicepresidente don Rafael, y secretario, Manuel Medina, el dinámico veterinario militar. Miembros destacados los grandes de la profesión, como Sanz Egaña, Cayetano López y otros. Son los años de lucha, que van a culminar con la creación de la Dirección General de Ganadería al instaurarse la II República.

Por lo demás, el Madrid de aquellos años es todavía apacible, dominable, con tiempo para el trabajo y la distracción, la lectura de complemento y la tertulia. Don Rafael acude al término de la mañana, durante algún tiempo, a la del Café Nacional, al final de la calle de Atocha, para departir con un grupo de médicos. También aparece por allí de cuando en cuando Sanz Egaña. Pero donde los veterinarios tienen su parlamento es en la Granja El Henar. Bajo la batuta de Gordón Ordás, Ruiz Martínez, Arroyo, Belmonte... Antes también Gallego. Próxima a ésta hay otra agrupación de intelectuales y gentes del mundo de las letras y del teatro, donde destaca Valle-Inclán, con Pío Baroja y muchos más. Por entonces estrenó don Pío una obra en la que no salía muy bien parada la figura del veterinario. El actor que representaba tal papel, don Francisco Vighi, pariente lejano de doña Luisa, la esposa de don Rafael, era un personaje pintoresco, poeta ultraísta, sumamente gracioso, que siendo ingeniero industrial, prefería las tablas y candilejas a la regla de cálculo. Los contertulios veterinarios le regalaron un pergamino nombrándole veterinario honorario, cosa que el actor aceptó muy complacido, admirando el buen estilo de nuestros compañeros, que tan fina como discretamente, le había patentizado la injusticia del papel que se hacía representar al veterinario rural. Esta tertulia, que la guerra aventó, volvió a establecerse tras la contienda en el Café Zahara, para extinguirse definitivamente con la dispersión y el aislamiento de sus componentes.

Con la II República, don Rafael fue nombrado director de la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid. La agitación, casi histérica, que conmovió la vida nacional, el profundo foso que comenzó a separar a los españoles, tan pronto olvidados de las ideologías, como irreconciliables energúmenos incineradores de los oponentes, se trasladó a todos los estamentos de la vida nacional y, naturalmen-

te, a los ambientes estudiantiles, radicalizados en torno a la FUE, los grupos fascistas, comunistas, tradicionalistas, etc. Pero esas luchas, recalca don Rafael, tenían lugar en las calles y, a lo sumo, pasillos de las Escuelas y Facultades. El aula seguía siendo respetada y los profesores, cualquiera que fuera su ideología, nunca tuvieron problemas con los estudiantes. Por otro lado, la Veterinaria se hallaba en las glorias del triunfo, que no enturbiaron la clara visión de Gordón Ordás, el hiperveterinario, como se le llegó a llamar, quien tuvo la certera visión de admitir en la enseñanza a profesionales no veterinarios, en todas las disciplinas en que no estaba clara nuestra competencia e incluso en algunas de las negociables, como fue la propia Bromatología. ¡Evidentemente, de toda evidencia! Lo importante a la hora de elegir el profesorado no es el título con que se acercan los candidatos, sino la específica competencia que posean, porque lo que se juega no es una pugna interprofesional, sino la preparación de los futuros veterinarios. Es una buena lección para quienes han querido «veterinarizar» a ultranza (y perdón por el neologismo) nuestras Facultades, en un explicable empeño por impedir los desvíos a que posturas de signo contrario nos han llevado.

Año de 1936. La familia veraneaba desde hacía algunos años en Fuenterrabía y allí la sorprende el Alzamiento. En aquella extraña situación inicial de la guerra, cuando no se interrumpieron las conferencias telefónicas entre ambas zonas, a Fuenterrabía llegaba todavía el ABC de Madrid, naturalmente censurado, cosa que ignoraban sus lectores en las Vascongadas. Todo, pues, daba la impresión de normalidad. Pero pronto se escuchan los cañonazos de las brigadas navarras que avanzan sobre Guipúzcoa, y la terrible realidad se muestra cruda. Don Rafael entonces prepara su regreso a Madrid, donde le reclaman su cargo de director de la Escuela y su domicilio familiar. Tiene que convencer a las autoridades vascas de que no se trata de una huida, sino de su incorporación a la función oficial que tiene encomendada en Madrid. Al fin, consiguen pasar el Bidasoa, cuando ya se hace fuego sobre los navarros desde el diminuto cañonero republicano que está anclado en la margen española del pequeño río internacional. A través de Francia pasa a Barcelona y llega a Madrid. La Escuela de Veterinaria estaba militarizada, transformada en un centro de producción de sueros terapéuticos para el ejército



republicano. Alguien denuncia al centro como «un nido de fascistas», y su director, don Rafael, ingresa en una checa, donde se le somete a sucesivos interrogatorios. Sus relaciones con Miguel Castaño, alcalde socialista de León, sirvieron de aval de su republicanismo, como también su reincorporación desde Guipúzcoa. Al final es liberado, no sin antes quedar comprometido a colaborar como «camarada escritor», pues era bien conocida la facilidad de su pluma. Naturalmente, don Rafael se cuidó muy mucho de hacer la promesa y... de no cumplirla. Su tacto al frente de la Escuela permitió que ni uno solo de los componentes de la misma sufriera la más mínima persecución, aunque sí hubiera frecuentes investigaciones. Sólo perdió la vida el señor Vega, profesor de matemáticas, por acudir al llamado túnel de la muerte, intentando pasarse a los nacionales: fue apresado y fusilado.

Ya en 1939, don Rafael, que sigue haciendo su vida normal, desde su casa al trabajo en la Escuela, a pesar de que ésta está al alcance de la artillería de los nacionales, sufre una tarde una caída, con fisura de tibia y una lesión vertebral a la que no da importancia, pero que con el tiempo sería la causa de su invalidez. Sucedió al intentar tomar el tranvía en la glorieta de Embajadores. Llegó la primavera, como en la canción falangista, y con ella la victoria de Franco. Un mal día recibe en su domicilio una citación para que compareciera en «proceso sumarísimo y de urgencia». Le recibe correctamente un capitán, que le indica ha sido denunciado como colaborador del gobierno republicano. Sobre la mesa, don Rafael ve dos tarjetas de otros tantos colaboradores suyos en la Escuela. Naturalmente, había testimonios demostrativos de su ideario republicano, puesto que se había incorporado a la zona, pudiendo haber ido a Burgos. Las cosas se ponían mal. Afortunadamente, muchas personas habían sido protegidas por su gestión civilizada. En su misma casa vivía un coronel, compañero de promoción de Franco, encarcelado por los republicanos, a quien la familia de don Rafael había ayudado con comida y otros favores. El tal militar, caballero completo, avaló a don Rafael como persona, al margen de las ideologías que guardara en su fuero interno, que era un hombre de respeto. Se sobreesayó su causa, pero quedó pendiente del expediente de depuración administrativa, que le tuvo varios meses suspenso de empleo y sueldo. Al fin, repuesto en su cátedra,

quedó sólo la mácula de la sospecha en aquella fórmula de «inhabilitación para cargos directivos». Es decir, ya no podría ser director ni decano al pasar a Facultad la Escuela.

Cuando Ibáñez Martín fue nombrado ministro de Educación Nacional se abrieron para él las puertas del Ministerio, hasta que por intrigas personales observó que no se le «podía recibir» con la facilidad anterior. Sin embargo, sí que tuvo audiencia para cuantos asuntos oficiales planteó.

Con ocasión del nombramiento de Domingo Carbonero Bravo como director general de Ganadería, ocupó la presidencia del Consejo General de Colegios Veterinarios don Salvador Vicente de la Torre, que nombró vicepresidente a don Rafael González Alvarez. Se puso en marcha entonces una sección de cultura, a cargo de don José de Pablo Lachós, veterinario militar, y se concedieron becas para formación especializada de los veterinarios. Al cesar S. Vicente de la Torre, ocupó la presidencia del Consejo Alfredo Albiol, barcelonés, que había sido condiscípulo de don Rafael, con quien éste siguió en la vicepresidencia.

En la inauguración del curso académico 1947-1948 había sido designado, casi por aclamación del claustro madrileño, para dar la lección solemne. En aquel verano, don Victoriano Colomo Amarillas había acudido a Torrelodones para pedirle que sacara del fuego las ardientes castañas de la profesión. Había escrito un discurso sobre *La evolución moderna de los estudios veterinarios*, que había merecido la felicitación expresa del profesor Lora Tamayo, entonces vicerrector de la Universidad de Madrid; del ministro de Educación Nacional, su antiguo conocido, don José Ibáñez Martín, que tanta parte había tenido en la conversión de las Escuelas en Facultades de Veterinaria, y del propio Jefe del Estado, Franco, que le mandó llamar para comentar sobre las exposiciones de ganado al estilo de las de Argentina. Es posible que el Generalísimo incubara ya las Ferias del Campo, que vendrían pocos años después. Sólo los envidiosos (naturalmente, de su propio claustro) le criticaron ¡por haber elegido aquel tema! Todos los periódicos del país, que dieron cuenta del acto, más los profesionales, concedieron gran relieve al éxito de aquel mensaje veterinario ante las más altas instancias del país.

La marcha inexorable del tiempo lleva a don Rafael a sus setenta años, lo que le plantea la ju-



bilación de su cátedra y de la jefatura de la Sección de Patología del Instituto de Biología Animal (transformado en Patronato), cargo que había ganado por oposición en 1946, siendo director del referido centro don Pedro Carda Gómez. Se le plantea el vacío, la soledad, el aislamiento, algo así como un cruel erradicarse de sus quehaceres habituales para flotar en busca de nuevos sopor-tes. De la vida académica, salpimentada con los hálitos juveniles, tantas veces molestos, pero siempre vivificantes, ha de pasar al silencio de su casa de la calle de Núñez de Balboa, con la carga adicional de su parálisis, que va acentuándose. Doña Luisa, su esposa, intuye que hay que hacer algo para que la jubilación no suponga un violento oscurecimiento de su ámbito vital, y le convence de la conveniencia de comprar un coche modesto, que le permita moverse por la ciudad y, más especialmente, viajar. Gracias a esta feliz ocurrencia, don Rafael vuelve a anudarse sentimentalmente con el León de su infancia, donde aún viven viejos compañeros de estudios o de tertulia, y donde conoce a otros colegas de las nuevas generaciones que admiran su trayectoria. Los paseos por los alrededores jugosos de la ciudad, con sus interminables choperas verticales; la visita a las montañas claras de las cercanías, que han sido labradas formando los valles que confluyen hacia la ciudad, como hechos con la poderosa mano de un gigante, para dar cauce a sus ríos; la catedral más bella del país; todo, en fin, viene a ser como un sosegado epílogo a una vida activa que comenzó en la ciudad de los Guzmanes y que ahora continúa en los alrededores de Madrid.

Ya para despedirnos, dice don Rafael: «Me gustaría que la Veterinaria penetrara más en la vida científica y social del país, dejando de mirar a los lados, para mirar al frente.»

## II. LA PLUMA Y EL MAGISTERIO DE DON RAFAEL (\*)

Por FRANCISCO GALINDO GARCÍA (†)

Dentro del amplio campo de la llamada docencia, pocas veces se matiza bastante a la hora de formar juicio de las actividades y de los hombres por ella desarrolladas y a ellas dedicados, respectivamente; de aquí que el confusionismo sea la

regla cuando de definiciones de los enseñantes se trata.

El profesor, según creo, es un hombre que comunica unos conocimientos, generalmente aportados por el común ecuménico, histórico y presente; cumple su requisito social y se esfuma en espera de otra ola de discentes a los que transmitir unos conocimientos que a él le fueron aportados.

El catedrático es el profesor oficial, la voz de la ciencia concretada y humanizada en el sujeto que traba trato con un alumnado al que ha de formar en determinada materia, en una recoleta disciplina. Esta formación ha de ser necesariamente parcial, y si no ostenta ensambles en sus límites, de manera que pueda ayuntar limpia y apretadamente con otras informaciones, también parciales, puede deformar al receptor. También en el caso de que la formación, dada y recibida, esté hipertrofiada, ocupando un espacio que debiera estar guardado, reservado, a otros conocimientos.

El maestro es profesor, por cuanto comunica; es catedrático, porque coadyuva a la formación concreta del escolar; pero siendo todo ello es mucho más. Por estimular sabia y generosamente las potencias todas del sujeto discente, ayudándole a configurar su propia personalidad en libertad, el maestro, en supremo concepto del enseñante íntegro, deviene a rector intelectual, o mejor, vital. Es como un escultor que cincela en cada discípulo la figura plena que éste porta en potencia con la gracia, también plenaria y henchida, del que generosamente trasplanta parte de su personalidad a los que se acercan a él.

El profesor y el catedrático imparten enseñanza, otorgan ilustración, acrecen el cúmulo de conocimientos del escolar. El maestro da conocimiento y otorga ilustración, pero por encima de todo asigna cultura, propende a una acción plenamente humana, conformadora *ad integrum*. Con el mundo y la vida en lontananza, el maestro atalaya de continuo este telón de fondo, y en su trabajo universal cotidiano la va imbuyendo indeleblemente en el alma del oyente colaborador. Es la suya una enseñanza henchida de actitudes, de enfoques, de ángulos de vista sobre la ciencia y la cultura y sobre el mundo y el vital acontecer. El maestro es preceptor y guía, leccionista e instructor, doctrinante y mentor, pero hace mucho más que todo eso. El maestro ilumina la senda del hombre al par que le labra y esculpe por todos sus costados.

(\*) Boletín SYVA, núm. 210, enero 1976.



La figura del maestro rebasa y supera cualquier concepción académica del término.

\* \* \*

Don Rafael González Álvarez, hoy en los dominios de Vegetia, ha sido un gran profesor y un excelente catedrático. A esta afirmación de mi pluma se unirían, avalando el juicio, millares y millares de voces y testimonios de tantas generaciones de alumnos a los que enseñó e ilustró, y a los que formó en el amplio y limitado campo de la anatomía microscópica, normal y patológica.

Pero no sería justo considerar a don Rafael sólo como un gran profesor y como un eximio catedrático, fiel cumplidor de la obligada comunicación de conocimientos a que su vocación le llevó. No, don Rafael es un gran maestro en la más extensa acepción del término. Este hombre ha sido siempre un gran maestro, cuyo magisterio vital ha pasado inadvertido a tantos y tantos discípulos, ocupados y preocupados por las concretas enseñanzas científicas y técnicas que de él flúan como de manantial fecundante brota el agua fresca y cristalina. Es ahora, cuando no hay árboles de enseñanzas preceptivas, de examen y prueba, cuando se echa de ver la amplia cultura de este hombre, que deleita a sus lectores con trabajos variadísimos de diverso signo y sobre diferentes materias: de humanidades y ciencias de la naturaleza, ensayos, críticas, informaciones, comentarios y juicios. Al servicio de tales muestras de magisterio cultural (dirigidas, por lo común, a los profesionales; muchos, alumnos de antaño), una pluma, ágil y desenfadada, que destila un castellano pulcro, con regusto tradicional, sin caer jamás en anacrónico; brillante y sencillo, asequible y elegante.

Sería un magisterio cultural y literario si sólo fuera eso su magna enseñanza. Don Rafael nos da en cada momento lecciones magistrales, ejemplares, en su lucha vital. Lo literario sería vano, aun siendo sobresaliente, si no estuviera revalidado por actitudes siempre dignas y nobles, orladas de la máxima ética, ante los infaustos avatares que el cotidiano vivir le procura. Físicamente menoscabado, inválido de medio cuerpo, su profunda formación religiosa, su alto sentido ético de los valores y su lúcida inteligencia le salvan y le mantienen en línea para escribir todos los días no sólo la mejor prosa portavoz de su inspiración, sino para

mostrar los más sencillos ejemplos de resignación serena, de esperanzada vivencia, de adaptación circunstancial llevada con el más caro sacrificio. Nunca se ha desesperado don Rafael en estos años últimos, tan graves y tan agrios para él. Siempre se ha refugiado gozosamente en la espera y, sobre todo, en la esperanza, que es hija directa de la fe. Ni siquiera ingratitudes amargas y olvidos muy generales han hecho mella en su reacción externa. Todo ha quedado en el rincón íntimo, como una enseñanza más del acontecer vital, que también los maestros están aprendiendo de continuo. Lo que pasa, sin embargo, es que las acritudes y asperezas las convierte el gran maestro, como por ensalmo, en lecciones de virtud, como una transmutación ennoblecedora. Esta es la gran lección del anciano maestro, solo, postrado, olvidado de la generalidad de sus antiguos alumnos, hoy colegas, que no tienen ni un recuerdo cordial, ni un tiempo breve para discurrir unas docenas de palabras recordatorias y gratas que mandarle, ni unos instantes para pulsar el teléfono en son de veneración, ánimo y reconocimiento, que tanto necesita.

A pesar de todo, él, con sus recuerdos y sus libros, sus reflexiones y su pluma, con su conducta estoica por firme, noble por moral, esperanzada por religiosa, sigue trabajando, procurando deleite a sus lectores al par que enseña la gran lección de su conducta, trabajando como el que más y aportando al acervo profesional densidad y brillantez, gloria y honor.

Ese es el hombre, ése es el gran maestro. No sé si él mismo pudo barruntar, en sus años maduros de gran maestro universitario, la alta ocasión que el porvenir habría de brindarle para ensanchar el predio de su docencia hasta llevarla a las fronteras de las humanidades y, rebasados los linderos, entrar de lleno en campo tan sugestivo y tan poco apreciado por la mayoría de nosotros.

\* \* \*

Yo no he sido alumno universitario de don Rafael González Álvarez. Cuando él alcanzó su cátedra en la entonces Escuela Superior de Veterinaria de Madrid, ya había yo superado el curso tercero. Gallego había sido mi profesor en las disciplinas que don Rafael vino a explicar cuando aquél falleció. Sin embargo, le considero mi mejor maestro según la amplia y honda estimación que del magisterio tengo.



Me uno cordialísimamente a este parvo homenaje, lamentando que el ofrecimiento de veneración, simpatía y gratitud no tenga las amplias resonancias que su ejemplo merece. Así y todo me atrevo a suplicar a los millares de colegas que pasaron por su aula, como los más obligados, y a los demás también, que, al menos, unos minutos reflexionen lo grato que sería para este hombre recibir unos renglones de recuerdo o el vibrar de la voz amiga en son de cariñoso saludo. Al menos, y es ya mucho menos, una evocación profunda de entrañable afecto, aunque no se excite su sentimiento ni se llene su necesidad de comunicación, tan apremiante en su soledad. Bien poco es lo que suscito para este ilustre y buen hombre, para este eximio y nunca fallido maestro.

El sabe—como decía Tommaseo—que «la ingratitud de aquellos a quienes hacemos bien no debe llevarnos a arrepentirnos del beneficio hecho, sino enseñarnos a obrar con ánimo más limpio de humanas esperanzas» (*Pensieri morali*). Yo creo que la limpia ejecutoria del maestro se ha acrisolado más y más en función de amnesias inexplicables, indiferencias contumaces y egoísmos de los demás. Hora es, pues, de que la profesión dé una muestra justa y generosa de atención a este hombre, que tanto hizo por ella en el específico predio de su especialidad y que tan supremo quehacer realiza ahora con su pluma y con su paradigma vital, ambos envidiables, con la sana envidia de que nos hablara Cervantes.

Madrid, septiembre de 1975

### III. EPISTOLA A MODO DE RECUERDO

POR BENITO MADARIAGA

Querido don Rafael: Tiene usted que perdonarme por hacer públicos una serie de recuerdos de su vida y por mi atrevimiento al acercarme a su entorno íntimo, en este viaje retrospectivo por su geografía personal y emotiva, a unos años en que ya constituyen para usted unos recuerdos de crepúsculo.

Un grupo reducido de amigos y discípulos, compañeros todos, hemos querido rendirle un homenaje presidido por una emotiva y cálida sencillez.

(\*) Boletín SYVA, núm. 210, enero 1976.

De aquí que hayamos huido de convocatorias, actos académicos o banquetes, que sabemos no van en la línea de su carácter y, por otro lado, serían en su actual situación imposibles y extemporáneos. Quiero también advertirle que si algún amigo se siente ofendido por no haber participado en este número homenaje del *Boletín de los Laboratorios SYVA*, toda y la única culpa es mía como apresurado organizador. Los promotores de estos Laboratorios veterinarios y la dirección del *Boletín* acogieron con entusiasmo la idea de dedicarle un número que recogiera, aparte de trabajos científicos profesionales, otros alusivos a su personalidad y significado en la vida docente de la Veterinaria española.

A la hora de elegir un tema se me ocurrió que tenía el deber de reconstruir en esta epístola-documento los datos biográficos de quien durante cuarenta y cinco años se entregó a la abnegada tarea de formar a una gran parte de los veterinarios de la actual generación.

Esta historia, que es, en definitiva, la historia de una vida, comienza en el siglo XIX, en el seno del hogar constituido por don Joaquín González García y doña Gumersinda Alvarez. El padre, natural del pueblo vitivinícola de Méntrida, en la provincia de Toledo, fue disector anatómico en la Escuela de Veterinaria de Córdoba, de la que pasó, por oposición, a desempeñar la cátedra de Anatomía en la antigua e histórica Escuela de León. Años más tarde, este profesor, modelo de rectitud y humildad, ocuparía, también por oposición, la misma cátedra en Zaragoza y, finalmente, la de la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid.

La madre había nacido en Brunete (Madrid) y tenía ascendencia vasca, que denunciaba su segundo apellido, Lizarralde, originario de Vergara. Un día 6 de octubre de 1895 nacía del matrimonio su hijo Rafael, en unos momentos en que el país luchaba denodadamente por conservar los últimos vestigios de su imperio colonial.

Estamos a principios de siglo. León, donde el niño estudiaría los cinco primeros años del bachillerato, era entonces una ciudad provinciana de unos 20.000 habitantes, con todo el encanto de sus monumentos, reliquias del pasado, que recordaban la vieja puebla castellana donde se escribieron tantos capítulos importantes de nuestra historia. Era un León no evolucionado urbanísticamente, localizado en la parte antigua y rodeado de terrenos baldíos, con pequeñas huertas y con



casas diseminadas por una de las más hermosas vegas a la que el verde ramaje de los chopos daba una nota de color y alegría. Su Plaza del Mercado y sus calles con los nombres de los artesanos, de los santos patronos de los gremios o de las parroquias recordaban en algún momento la provincia de población rural, agraria y minera que iniciaba por entonces su evolución demográfica y comercial.

Todavía era posible ver en las calles las destaraladas diligencias que a principios de siglo comunicaban León con Madrid, Oviedo y Galicia. En plena plaza se podían presenciar las operaciones y reconocimientos que los veterinarios llevaban a cabo en los herraderos, como si se tratara de un espectáculo de feria.

¿Se acuerda don Rafael de aquel León de su niñez con sus curiosos personajes, de hombres del campo, embozados en sus mantas castellanas, y de aquellos célebres catedráticos de Veterinaria, de barba, levita, corbata de lazo y hongo en la cabeza? ¿Y aquellas primaveras leonesas con el retorno de la trashumancia y los niños jugando en la calle de Cervantes, donde usted vivió? Uno rememora ahora sin querer el viaje de José María Quadrado y sus preciosas descripciones en el itinerario de Asturias a León. De aquel entorno leonés, ahora más que nunca, le surgen múltiples detalles que se reavivan por el recuerdo. Sobre todo, la Semana Santa de entonces, cargada de una maravillosa emoción, con sus pasos de imágenes, en su lento y rítmico discurrir por aquellas calles del viejo León.

Nuestro alumno del Instituto pudo conocer entonces a algunos de aquellos viejos y doctos profesores de Veterinaria compañeros de su padre: don Juan Antonio García Muelledes, presa de un misticismo religioso, parecido al de la inquietud unamuniana de don Cecilio Díez Garrote, que, igual que el rector de Salamanca, llevaba siempre consigo un crucifijo. Allí explicaban también don Juan Morros, don Ramón Coderque y Martínez Baselga, todos ellos curiosos y admirados personajes de nuestra profesión. «(...) Baselga fue un gran amigo de mi padre y durante su estancia en León esta amistad le hizo ser persona asidua de mi casa, en aquel León de 1902-1903. Yo aún le recuerdo—escribiría años más tarde (tenía ocho años entonces don Rafael)—con su macferlán, su barba frondosa, muy parecida a la de su tío Joaquín Costa, y su faz abierta, propensa a la sonrisa burlona» (1).

«Mi infancia en León—me escribía recientemente (2)—está llena de recuerdos entrañables. Fui enteramente feliz en la pequeña y vieja ciudad, con amigos que lloré cuando me fui a Zaragoza.»

En 1911, la familia González Álvarez traslada su residencia a Zaragoza, donde el padre formó parte del claustro de profesores de la Escuela de Veterinaria. En la célebre ciudad estudió el sexto curso de Enseñanza Media y los tres primeros años de Veterinaria. La profesión era entonces sencilla en sus programas y limitada en sus aspiraciones y recursos económicos. Sin embargo, se estaba ya forjando, gracias a la ciencia de aquellos profesores, médicos y veterinarios, una clase que iba a dar sus frutos en la formidable generación promotora de una de las mayores conquistas profesionales y científicas de la Veterinaria española.

En Zaragoza escuchó y conoció nuestro joven estudiante de Veterinaria a profesores como don Demetrio Galán, catedrático de Zootecnia; al bacteriólogo López Flores, muerto prematuramente; al polifacético don Pedro Moyano, así como a Martínez Baselga, que había también solicitado su traslado a la ciudad del Ebro y al que rememora también en su trato familiar. «En los últimos años de su vida fui testigo asiduo en la Escuela de Veterinaria de Zaragoza de sus ideas y sentimientos, que vertía en sus charlas conmigo como un padre con su hijo, tal era el afecto que me prodigaba» (3).

Después nuevos viajes de la familia buscando la mayor categoría de la plaza de Madrid. Rafael González Álvarez termina aquí con los dos últimos cursos sus estudios de Veterinaria, en los que obtiene premio extraordinario en la reválida. En la Universidad Central concluye en 1914 la carrera de Ciencias, en la sección de Químicas, estudios iniciados en Zaragoza, igual que los de Veterinaria.

En la formación de su personalidad humana y profesional tuvieron especial influencia algunos profesores. En el bachillerato, el escritor y amigo de las antigüedades leonesas, don Mariano Domínguez Berrueta; en la Facultad de Ciencias de Zaragoza, el profesor don Antonio de Gregorio Rocasolano, una gran figura de la química y magnífico catedrático. En los estudios de Veterinaria conservó siempre el recuerdo del sabio profesor de Madrid don Dalmacio García Izcara, hombre dotado de grandes conocimientos sobre anatomía, cirugía y enfermedades infecciosas, ciencias estu-



diadas y vividas que transmitía en sus explicaciones de un modo sencillo y claro.

Su estreno docente tiene lugar al poco tiempo, en 1917, al desempeñar la plaza de profesor ayudante interino de Física, Química y Toxicología en la Escuela de Veterinaria de Madrid, y en el curso 1919-20 es nombrado ayudante interino de la cátedra de Anatomía, regentada por su padre.

En 1921 se crean en Veterinaria las cátedras de Histología, Patología General y Anatomía Patológica, a las que concurren por oposición, presidida por don Santiago Ramón y Cajal, don Abelardo Gallego, don Rafael González Álvarez, don Germán Saldaña, don Tomás Rodríguez, don Miguel Toledano y don Jesús Culebras. Se han publicado las incidencias de aquellas célebres oposiciones, en las que don Rafael obtuvo el número dos, en dura competencia con jóvenes figuras, todas ellas merecedoras de la cátedra. El país vive entonces un estado de tensión originado por la guerra de Marruecos. Al ocupar Gallego la plaza de Madrid, González Álvarez pasó a desempeñar la docencia de la nueva cátedra a la Escuela de Veterinaria de Zaragoza desde el 7 de abril de 1922 hasta el 30 de septiembre de 1930, en que por concurso de traslado, al fallecer el gran maestro Abelardo Gallego, se le adjudicó la de Madrid.

Este curso de 1921 al 22 es posiblemente uno de los más destacados y fructíferos de la inquieta actividad cultural y docente del joven profesor de Veterinaria. En 1921 es don Rafael González Álvarez nombrado, por votación de los socios, secretario de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid. El curso se abre con un programa ambicioso de actos culturales. El Ateneo adquiere la casa número 12 de la calle de Santa Catalina, que después sería morada de Valle-Inclán. Por su tribuna pasan figuras del mayor relieve nacional: Unamuno, Maeztu, Valle-Inclán, Romanones, Jiménez de Asúa, Manuel Aznar, el alemán Rudolf Stammler y el norteamericano W. R. Shepherd, entre los muchos que participan en las tareas culturales de la docta Casa. En ese año se organiza también un curso feminista con la participación de Unamuno, Clara Campoamor y Margarita Nelken. La Sección de Literatura, dirigida por Andrés González Blanco, organiza un ciclo poético donde se escucha a Rubén Darío, Maragall y Ferrari.

Don Rafael, pese al poco tiempo que ostentó el cargo, prestigia a la profesión desde su puesto

en el Ateneo, posiblemente el primero ocupado por un veterinario. Habrá que aguardar años más tarde para que otro veterinario, José María Santiago Luque, actuara en el mismo Ateneo con una obra suya musical, referente al arreglo y armonización de dos villancicos populares españoles, composición interpretada en concierto y posteriormente grabada por la firma Columbia.

El reciente catedrático de Histología publica en la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuaria* uno de sus primeros trabajos sobre técnica histológica, tan en boga en aquellos años y que Gallego había popularizado con sus métodos de tinción, trabajos que continuaría en los años sucesivos.

En 1922 empieza a construirse el Instituto Cajal y las Escuelas de Veterinaria cuentan ya con la primera promoción de catedráticos de Histología y Anatomía Patológica, que pueden incluirse con la de médicos en la escuela española formada por el sabio aragonés.

Su primer viaje al extranjero como becario tiene lugar en 1925, al otorgarle la Junta para Ampliación de Estudios una pensión para estudiar en la Escuela de Veterinaria de Alfort, una de las más prestigiosas de Europa, en la que se habían formado otros muchos profesores de Veterinaria. En este año don Rafael González Álvarez fija su atención en el estudio de las sarcosporidiosis de los animales domésticos y lo publica en la revista entonces de mayor actualidad en Veterinaria y que dirigía don Félix Gordón Ordás. Prueba de la calidad e importancia de estos trabajos de investigación es que años después, en 1930, fueron citados en un trabajo crítico de John W. Scott (4). Otros trabajos de la especialidad se suman a la labor de la cátedra, tal como aparecen en las revistas veterinarias de la época. Alguno de ellos, como el titulado «Algunas observaciones acerca de las lesiones histológicas en la mamitis estreptocócica de la vaca», fue reproducido en *Recueil de Médecine Vétérinaire de l'Ecole d'Alfort* (5).

Ya en plena guerra civil aparece su traducción del libro de Morres, *Manual práctico de análisis de leche*, obra de consulta durante muchos años de los veterinarios inspectores de alimentos.

El período de postguerra marca una segunda etapa en las tareas docentes del catedrático leonés. En 1940, la cátedra pasa a denominarse de Histología y Anatomía Patológica. Al incluirse los estudios de Veterinaria dentro de la Universidad española, ingresan también los catedráticos en el



escalafón de las Facultades. En 1948, don Rafael se incorpora al escalafón general con el número 95 bis.

El recuerdo de aquellos años está más próximo a nosotros. Son años difíciles, en que las cátedras y los profesores estaban mal dotados y, sin embargo, el profesorado de Veterinaria se esfuerza en alcanzar una calidad y categoría académica universitaria en sus explicaciones. He oído contar que uno de aquellos alumnos, luego compañero suyo, el malogrado José María Santiago Luque, ponía las explicaciones de don Rafael como modelo de altura científica. Al instaurarse el doctorado, los veterinarios estudiantes de los cursos monográficos tuvieron la oportunidad de escuchar las magníficas lecciones que sobre anatomía microscópica y electrónica aplicada al estudio de la citología y la histología explicaba don Rafael.

En los difíciles años cuarenta desarrolla una formidable labor investigadora y docente—sus dos grandes cualidades—con la publicación de varias obras de Veterinaria: en colaboración con su padre, *Anatomía comparada de los animales domésticos*, de la que se hicieron varias ediciones; unas tres del *Manual de Técnica micrográfica*; aparecen sus *Elementos de estadística biométrica* y también, en colaboración y editado por los Laboratorios SYVA, el libro de *Enfermedades infecto-contagiosas del cerdo*. Además de estos trabajos de investigación presta especial atención al problema de las tuberculosis animales, materia que le serviría para sus explicaciones en las conferencias del curso organizado por la Cátedra de Valdecilla, desarrolladas en 1948 en la Universidad de Madrid. Precisamente en la inauguración del curso académico 1947-48, siendo ministro de Educación Nacional don José Ibáñez Martín, le cupo la honra de pronunciar el discurso de apertura a don Rafael González Álvarez, en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. La prensa recogía al día siguiente con amplios detalles la solemnidad del acto. «El viernes—decía la nota periodística—fue un día de auténtica gloria para la cultura española. El Caudillo, su Gobierno, la Iglesia, el cuerpo diplomático, los hispanistas europeos y americanos, la Universidad, las Reales Academias, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, autoridades provinciales y locales y estudiantes de todas las Facultades se reunieron en el venerable solar de la insigne Universidad de Alcalá para rendir homenaje al más peregrino de los

ingenios literarios, don Miguel de Cervantes Saavedra. El acto resultó de una belleza impresionante» (6).

Entre las intervenciones destacó la de nuestro querido compañero, al que el diario dedicaba estas significativas palabras: «El catedrático señor González Álvarez supo dar a su intervención el carácter docto y magistral que le incumbía.»

Quiero destacar el significado de este acto y la magnífica lección de don Rafael hablando de Veterinaria en la Universidad española al desarrollar el tema: «La evolución moderna de los estudios veterinarios». Al final recibió la felicitación del Jefe del Estado y del ministro, que, al igual que el resto de los asistentes, siguió con la mayor atención las palabras de uno de los veterinarios más cultos y representativos de la Veterinaria española del momento.

No es posible, por supuesto, dar aquí una relación pormenorizada de todos los trabajos doctrinales, monografías y escritos de vulgarización de don Rafael. Aun con nuestro deseo de actualizar su bibliografía, quedan desperdigados muchos trabajos, no perdidos, ya que siempre puntualmente el estudioso y el erudito pueden encontrar el artículo, la nota o el comentario con que el maestro, nuestro querido y admirado don Rafael, supo hacer entrega de sus conocimientos para servicio de los demás.

Hoy me atrevería a decir que la calidad de sus escritos y su inmejorable estilo literario le colocan con justicia a la cabeza de los veterinarios escritores contemporáneos y el futuro historiador de la Veterinaria española no podrá ignorar la aportación literaria de este colega nuestro, del que, gracias a los Laboratorios SYVA, tenemos en su libro *La Veterinaria: crítica de una profesión*, recogida una parte importante de sus colaboraciones.

Pero no quiero terminar este esbozo biográfico, apresurado e incompleto, sin referirme al perfil humano del profesor González Álvarez, al que homenajearemos desde estas páginas. Su mejor lección, la más magistral, es la que nos ha dado con su ejemplo, con su carácter bondadoso y con su auténtica humildad y profunda religiosidad. Sus alumnos sienten por él verdadera adoración y esta aquiescencia general sólo se logra cuando a través de los años podemos comprenderle y captar el mensaje de su inolvidable y magnífica personalidad.

Hasta aquí estos datos forman parte de la his-



toria del profesional, pero ya jubilado, don Rafael ha seguido entroncado a su profesión y dándonos desde las páginas del *Boletín SYVA* la puntual interpretación del último libro o de la última investigación veterinaria. Debo decir que esto no es nada extraño en quien es un formidable lector, al que los años, los contratiempos y la enfermedad no le han alterado su disciplina intelectual. Baste como ejemplo que ya jubilado lee asiduamente *La Revista de Occidente* y el *Figaro Literario*, de París. Muchas veces con esas notas literarias o científicas se le escapan, como a los poetas, los más entrañables de sus pensamientos que, en forma de recuerdos, le llegan en su triste morada sanatorial como sombras del pasado, de aquellos seres queridos que fueron sus familiares y sus amigos.

Ahora que está inválido y acogido en un sanatorio, quiero decirle, mi buen amigo, ya para terminar, que entre los consuelos que a modo de bálsamo pueden ayudarle a sobrellevar su enfermedad, en la que muestra usted tan gran entereza, está la absoluta entrega y devoción de los veterinarios españoles, que, al igual que los que hoy escriben estas páginas, le tienen por amigo y maestro.

Con un fuerte abrazo,

BENITO MADARIAGA

## BIBLIOGRAFIA (7)

### LIBROS:

- Compendio de Histología*. 244 págs. y 69 figs. Editado en Zaragoza. Dos ediciones.
- Manual elemental de Técnica Micrográfica*. 140 páginas y 5 figs. Editado en Zaragoza. Dos ediciones. Tercera edición en Madrid en 1944.
- Elementos de Estadística Biométrica*. Publicaciones del Ministerio de Agricultura, 1944.
- Anatomía comparada de los animales domésticos*, en colaboración con don JOAQUÍN GONZÁLEZ GARCÍA. 844 págs. con 165 figs. Impreso en Zaragoza. Tres ediciones. La quinta edición publicada en Madrid en 1945.
- Enfermedades infecto-contagiosas del cerdo* (en colaboración con SANTOS OVEJERO y ANGEL SÁNCHEZ FRANCO). Publicaciones de los Laboratorios SYVA, 1945.

La traducción de la obra de WILHELM MORRES: *Manual práctico de análisis de leche*. Versión directa de la quinta edición alemana. 143 páginas, 78 figs., 2 cuadros de falsificaciones y 1 plancha en colores. Publicada por la Casa Romo. Madrid, 1935.

*La Veterinaria: crítica de una profesión*. Edic. de Laboratorios SYVA. León, 1965.

### ARTICULOS:

- «El borato de plata amoniaco en técnica histológica». *Rev. de Hig. y San. Pecuaria*. Madrid, 1921.
- «Algunas observaciones sobre la estructura de las espundias». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1923.
- «Sobre la manera de fijar la eosina a los tejidos conservados en formol». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1924.
- «Contribución a la histología patológica sarcosporidiosis musculares del cerdo». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1925.
- «La histología patológica de la sarcosporidiosis en el ganado lanar». *Revista de Veterinaria*. Zaragoza, 1926.
- «La forma hemo-leucocitaria en el caballo». *Revista de Veterinaria*. Zaragoza, 1926.
- «Sobre las modificaciones histológicas del testículo castrado a gran mordaza en el caballo». *Revista de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1928. En colaboración con don JOSÉ DE PABLO LACHÓS.
- «Observaciones acerca de la formación de las células de Langerhans en los epitelomas de la membrana clignotante del caballo de carácter pigmentario». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1928.
- «Acerca de la estructura curiosa de dos tumores quísticos de la cerda». *Rev. de Hig. y San. Pecuaria*. Madrid, 1930.
- «Angio-mixo-sarcoma de un capón (estudio histológico)». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1930.
- «Contribución al conocimiento de la génesis histológica del riñón poliquístico del cordero». *Rev. de Hig. y San. Pec.* Madrid, 1931.
- «Algunas observaciones en torno a las lesiones histológicas de la mastitis estreptocócica de la vaca». *Anales de la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid*, volumen I, 1935.



- «Notas sobre anatomía veterinaria». *Ciencia Veterinaria*, 1946 (32): 80-88.
- «Contribución al estudio de los tumores mixtos mamarios en la perra». *Anales de la Facultad de Veterinaria de Madrid*, segunda época, volumen I, 1946.
- «Notas sobre un epiteloma de la piel del gato con metástasis pulmonar». *Anales de la Facultad de Veterinaria de Madrid*, segunda época, volumen I, 1946.
- «Resultados del estudio de fórmulas leucocitarias en bóvidos sanos». *Anales de la Facultad de Veterinaria de Madrid*, segunda época, volumen I, 1946.
- «Nuevo planteamiento de la cuestión de la tuberculosis humana de origen bovino». *Revista de la Universidad de Madrid*, 1953 (5): 99-107.
- «Algunos hechos y conceptos nuevos en la histología del sistema nervioso». *Ciencia Veterinaria*, 1953 (100): 1-29 (separata).
- «Estructura submicroscópica de la fibra muscular estriada». *Suplemento Científico del Consejo General de Colegios Veterinarios de España*, 1953, 36.
- «¿Hay una verdadera arteriosclerosis en los animales semejante a la del hombre?». *León Ganadero*, 1957 (15): 4-6.
- «Particularidades del metabolismo de los rumiantes». *León Ganadero*. Bol. de la Junta Prov. de Fomento Pecuario, 1958 (19-20): 4-7.

#### IV. LA VETERINARIA VISTA POR DON RAFAEL GONZALEZ ALVAREZ (\*)

Por MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO

Don Rafael González Álvarez podría titularse con toda justicia el cronista de la Profesión Veterinaria en sus últimos tiempos. Desde su incorporación a la cátedra ha permanecido alerta a los acontecimientos veterinarios, de los que se ha situado a suficiente distancia para no mancharse en las luchas por el poder o las prebendas, con lo que ha ganado en perspectiva y en decoro. Además, no ha sido el observador que elabora para sí pensamientos críticos de la circunstancia, sino que ha tenido capacidad, entereza y ánimo para lanzar a la letra impresa sus observaciones, siempre ati-

nadas, medidas y correctas, en forma y fondo. Sus colaboraciones en el *Boletín SYVA* son en verdad la crónica de la vida veterinaria en los últimos decenios, sin descender a la anécdota. De ellas salen, expresamente o en la neblina de la alusión, los personajes y personajillos que «han sido»...

La Veterinaria de los años veinte, cuando don Rafael es catedrático de nuevo ingreso, es un conjunto disarmónico, en el que coexisten minorías, que se han incorporado muy dignamente a las ciencias biológicas y a las humanidades, con reliquias del pasado menestral, representadas por el veterinario-herrador, que, además, «entendía» de ganado. La agricultura española es arcaica, en todos los sentidos. Zonas considerables del país viven en un increíble atraso y la medicina veterinaria todavía está, en amplias áreas de minifundio, en manos de «prácticos». Todavía recuerdo, en los años cuarenta, la invitación de Rof Codina, en la vieja Escuela Superior de Veterinaria de León, para que los estudiantes encaminaran sus miras hacia Galicia, la tierra de promisión del veterinario que quisiera hacer algo por su país. Al lado de la masa amorfa, unas vigorosas individualidades se esfuerzan en sacudir la modorra, haciendo ver a sus compañeros la potencialidad de la Veterinaria como productora de riqueza, en el plano técnico, y como creadora de ciencia, por el lado de la investigación. Hay también en muchas Escuelas de Veterinaria catedráticos y profesores notables en sus específicas competencias, aparte de otros que alcanzan un claro relieve social y político interviniendo en la administración provincial o municipal. Nos cita don Rafael a varios colegas de León y Zaragoza, como don Cecilio Díez Garrote, que brilló en los ambientes sociales leoneses por sus finas maneras, su cultura de cuño clerical y su condición de alcalde de León. Otro tanto ocurrió con don Crisanto Sáenz de la Calzada, que fue presidente de la Diputación leonesa, y don Tomás Rodríguez, histopatólogo consultado frecuentemente por los médicos. En Zaragoza se destacaron Martínez Baselga, que en su paso por León había alcanzado notable prestigio como periodista, y Moyano, varias veces concejal, junto con Galán, prestigioso alcalde de la ciudad del Ebro. Entiende don Rafael que en aquel entonces existía un foso profundo entre la minoría cultivada de la Veterinaria y los colegas en ejercicio. Por fortuna, creo que tal situación ya no existe, ni siquiera entre los actuales catedráticos y muchos

(\*) Boletín SYVA, núm. 210, enero 1976.



veterinarios muy bien especializados, de quienes los docentes podemos aprender no pocas veces y no poco.

Don Rafael asiste a la creación de la Dirección General de Ganadería, que para los veterinarios españoles fue «la más grande ocasión que vieron los siglos», tan tristemente fenecida en los últimos tiempos. ¡Qué diferencia de espíritu profesional! Aquella empresa había borrado las diferencias personales y de criterio, en pro de la consecución de un organismo específicamente veterinario, en el seno del Ministerio de Agricultura, como había otros de Montes y Agronómico... Ahora hemos sido disueltos en multitud de situaciones, cuya sola jerga ya es difícil identificar, en tanto que los otros dos cuerpos agrarios han conservado sus reductos: ICONA, los ingenieros de montes; IRYDA, los agrónomos. ¿Y los veterinarios? ¡Pues nadie movió un dedo!

Más tarde llega la conversión de las Escuelas en las Facultades, y con ello una nueva imagen de la Veterinaria. Ya se «atreven» a seguir la carrera multitud de personas, de la más variada procedencia, no sólo los hijos de veterinarios o de labradores. Nuestros centros se inundan de estudiantes, que no pueden ser adecuadamente preparados porque falta profesorado y, sobre todo, medios. La plétora es la inmediata consecuencia, seguida de un dramático descenso del alumnado, que llega a plantear seriamente la procedencia de suprimir alguna de las Facultades. Las cosas vuelven a su cauce en los últimos años y los centros de estudios veterinarios se pueblan de estudiantes de todos los tipos. Estamos en la cresta de otra onda y, desde luego, si llega a producirse una nueva plétora, sí cabe esperar que los graduados se encuentren mucho mejor dotados para luchar profesionalmente que lo estuvimos nosotros.

Este bosquejo histórico de la etapa veterinaria de don Rafael tuvo no pocos problemas, internos y externos. De puertas adentro, acaso el más serio, todavía no resuelto satisfactoriamente, ha sido la definición de lo que es la Veterinaria, problema en el que, paradójicamente, estamos menos de acuerdo los propios veterinarios. Históricamente, la raíz de la Veterinaria es la medicina animal, con sus derivaciones hacia la sanidad (zoonosis, inspección de alimentos, etc.). Eso es la Veterinaria en casi todo el mundo y, desde luego, en los países donde alcanza un nivel científico y social envidiable. Sin embargo, en España y en otros

muchos países del área latina (con exclusión de Francia posiblemente), muy certeramente se amplió el campo profesional hacia la producción animal (la «Zootecnia» de nuestros clásicos del siglo pasado). Como derivación de tales estudios, se pretendió también la intervención en el proceso industrial de los productos ganaderos. De ahí el esfuerzo de Gordón y sus partidarios de sustituir el título de veterinario por el de ingeniero... Justo es confesar que había también un deseo de eliminar una voz que tenía cierto tono peyorativo en boca de aquella sociedad. Ultimamente, sin embargo, por desvío de los responsables de tales enseñanzas, las antiguas «Industrias» han pasado a convertirse en «Industrias alimentarias», ampliando el campo de la higiene de los alimentos, que era competencia de la antigua «Inspección».

Pues bien. Esta ampliación del campo veterinario no se hizo sin luchas. Cada una de las nuevas especialidades se hipertrofió de tal manera, que un hombre del equilibrio y medida de don Rafael tuvo que tomar la pluma para defender, nada menos, que la ¡clínica veterinaria! A tales excesos se llegó. Pero sigamos el pensamiento del propio profesor González Álvarez a través de sus escritos.

El nacimiento de la Zootecnia veterinaria española tuvo su origen en el siglo pasado, pero no hubo «guerra civil» hasta que, por los años veinte, los entusiastas de la producción animal creyeron difunta la actividad médica veterinaria. El estribillo de que había que «vivir del animal sano y no del enfermo» llevó a muchos ingenuos a pensar que la enfermedad podía eliminarse poco menos que por decreto. Consecuentemente, las enseñanzas médicas veterinarias podían reducirse a algo más que un epítome, un adorno, para robustecer las enseñanzas de producción animal, economía, agricultura, etc. La beatería de la técnica llevó al empleo, todavía frecuente, de la expresión «técnico-veterinario», olvidando que ello minimiza, en vez de ampliar, la significación del licenciado en Veterinaria, al que por esta ignorante práctica se equipara a los *husbandry-men* anglosajones y a nuestros ingenieros técnicos, los antiguos peritos, carreras todas de grado medio.

Don Rafael, con moderados argumentos, intenta convencer a los catecúmenos del «nuevo» descubrimiento de que la enfermedad es algo consustancial a las actividades vitales. Que los nuevos sistemas de explotación pueden significar la des-



aparición de ciertos procesos, pero que indudablemente habrán de dar lugar a otros, lo que actualmente se conoce con el nombre de «Patología zootécnica». Que suponer que sólo las enfermedades infecciosas y parasitarias tienen interés, y pensar que los avances de la profilaxis van a impedir su aparición, es desconocer absolutamente el problema, porque también los agentes vivos se acomodan a las nuevas realidades e igualmente disponen de mecanismos equivalentes a una selección o mejora genética, que posibilitan modos de acción en que no se había pensado. Critica la noción de que la medicina del individuo, la clínica-clínica, ha periclitado. Eso será verdad—dice—en los países no desarrollados, con ganaderías de explotación extensiva; pero en los evolucionados, cuando los animales valen mucho más vivos que con destino al matadero, la situación es precisamente la contraria. Finalmente, como en caricatura, llega a plantear el problema de la actividad veterinaria, una vez conseguida la eliminación de la enfermedad... ¿Para qué servirían los veterinarios? Además, si el problema estaba tan claro, era posible incluso resolver la catástrofe que es la enfermedad mediante sistemas de seguros. ¿No era sospechoso que no se le hubiera ocurrido a nadie ponerlo en práctica? ¿Cómo era posible que los países de donde importábamos libros, ganado y productos ganaderos tuvieran veterinarios clínicos?

En otro orden de cosas, recuerda a los zootecnistas lo fundamental de los estudios genéticos, que en aras de la «práctica» tenían abandonados. Entiende que la actividad veterinaria, no sólo la zootécnica, tiene un sustrato económico que puede llevar a transformar una ganadería extensiva en la ganadería «sin paisaje», como él dice; pero eso no significa que «todo» lo veterinario haya de ser economía, ni que todos los veterinarios han de ser «economistas». Aparte de que la moda pasará y quedaremos donde tenemos que estar: como conocedores de los animales, inmersos en el proceso productivo y por ello con especiales cualificaciones para opinar certeramente de algunos aspectos del mismo. Todo ello sin iconoclastia, sin necesidad de suprimir sectores sustantivos de la vida profesional.

Por último, apunta la conveniencia de que se haga una zootecnia nacional, no por xenofobia ni nacionalismo, sino porque, desgraciadamente, la mayoría de las publicaciones donde se formaban

los veterinarios procedían de países cuyas condiciones de todo tipo, pero fundamentalmente las ecológicas, tenían muy poco que ver con la mayor parte de España, si se excluye la zona lluviosa de Galicia y Cantábrico. Ciertamente, no han variado mucho las circunstancias y aún seguimos con traducciones inglesas, alemanas, francesas o norteamericanas, de las cuales cabe extraer ideas, sugerencias e incitaciones, pero no mucho a nivel de realización, aquí y ahora. Así ocurría—y sucede—que muchas decisiones tomadas sobre bases tan precarias nos sentaban como un traje mal ajustado. Comenzando por las importaciones de razas, a la moda de quien mandara, sin preparar las bases sanitarias, de control de producción y demás, y abandonando las razas autóctonas de modo completo. ¡Cuánto cruzamiento, cuánto disparate genético! Como los nuevos ricos, hemos vendido las piezas valiosas de nuestro ajuar para sustituir los viejos arcones por muebles de «formica».

Y termina. Sí que es cierto que la profesión veterinaria tiene un carácter utilitario, pero eso no significa que pueda remodelarse a impulsos del momento, sin saber ciertamente cuánto hay de moda y cuánto de espejismo. Por sus pasos, avanzando con seguridad, pueden ampliarse los horizontes veterinarios, pero sin destruir nada. ¿No se estudiaba el caballo como modelo y ahora ha sido sustituido por otras especies? ¿Por qué no cabe seguir tal experiencia? El zootecnista veterinario no puede perder su formación en patología animal, que es lo que puede darle superioridad sobre quienes hacen zootecnia desde otros orígenes. Ni puede olvidar que la producción animal en España precisa considerar el carácter mediterráneo, árido, de la mayor parte del país, tan alejado de las praderas de los países europeos de donde importamos ganado. Y no sólo pensar en producir, sino considerar todos los factores humanos, económicos, ambientales, sociales.

Otro frente conflictivo, que atrajo la atención de don Rafael, fue la Bromatología. La clásica inspección de alimentos—no de mataderos, que eso sólo es una parte—le parecía centrada perfectamente en la formación veterinaria y en armonía con el criterio sostenido universalmente. La introducción de la Bromatología no la rechazaba, por supuesto, pero entendía que se daba excesivo «énfasis», como ahora se dice a troche moche, a algo puramente adjetivo. Un campo en donde el vete-



rinario tendría que soportar la competencia de otros profesionales, con preparación muchas veces superior (químicos, farmacéuticos, etc.), a los que por los mecanismos de analogías de cátedras se les aceptaba la competencia en campos pura y exclusivamente veterinarios. Naturalmente, criticaba con energía a quienes pensaban—y piensan—que la práctica de la inspección veterinaria de alimentos había periclitado para ser sustituida por alambicados procedimientos químicos y bioquímicos, que si bien tienen aplicación, no pueden convertirse en algo que sea preciso ejercer día a día. En cambio, se volvía la espalda a la instrucción fundamental de matadero, que es y será en muchos años donde el veterinario resulta insustituible.

Por supuesto, siendo catedrático, don Rafael dedica muchas meditaciones al problema de las Facultades de Veterinaria, por las repercusiones que tienen en el futuro de la profesión, así como a la posición de la organización colegial ante las Facultades.

La primera llamada de atención se centra en la inseguridad en que, conceptualmente, se desenvuelven muchas veces los claustros de nuestros centros—como la organización colegial—, con la resultante correspondiente; unos planes de estudio que se modifican a impulsos de la moda, sin haber obtenido de su aplicación toda la capacidad que poseían; unas asignaturas que nadie sabe de dónde han salido y que, del mismo modo, desaparecen con la propuesta de otros planes; unos títulos de cátedras que son verdaderamente programáticos y minuciosos, absolutamente ajenos a lo que se lleva en otras Facultades; unos cambios de denominación puramente miméticos, como «táctica» profesional, para adquirir una competitividad profesional que el Ministerio de Educación y Ciencia no puede dar; etc. Y, continúa, en la mayoría de los casos, cambios puramente acrílicos, excluyentes de todo lo anterior, como si a cada nuevo descubrimiento ya debieran arrumbarse los conocimientos anteriores. En alguna medida, esta situación reproduce los sucesivos desaguizados que se han cometido en el arte español, con motivo de las nuevas tendencias: retablos despedazados, para sustituirlos por lo nuevo barroco o, peor aún, la eliminación de tallas de mérito por imágenes de escayola. Algo de eso hemos padecido.

Este mismo culto a la novedad tuvo en nuestras cátedras su expresión más completa, cuando se procedió a la renovación de muchas de las que

habían permanecido sin dotación, a lo largo de los años de guerra y postguerra. El nuevo catedrático, que sustituía al anterior, muchas veces especie de dómine repetidor de un solo libro, pero otras veces, profesional de sólida formación, al abrigo de apariencias, corría el riesgo de convertirse, por mor de la moda, en el erudito superinformado, preso de su profuso fichero, incapaz de exponer con claridad y profundidad una teoría científica; en el hombre que aportaba una larga serie de trabajos por unidad de tiempo y que, en otro orden, podía exhibir un pasaporte cuajado de visados, por los innumerables congresos a los que había asistido. Aplaudió entusiasta la investigación que comienza a hacerse en nuestras Facultades, pero precave contra el «aparatismo», el realizar trabajos porque se tiene determinado instrumento, sin elaboración mental alguna. Lo que sigue siendo insustituible es la mente rectora, capaz de creación, sin ningún tipo de instrumento, en muchos casos.

En este mismo sentido llama la atención sobre el riesgo de lo que, entre nosotros, se llama «estilo universitario», entendido como una tendencia aristocratizante, especie de clerecía intelectual (sacerdotes del saber), que pretende imbuirse a los futuros veterinarios, en la inteligencia de que, si no es así, no van a ser considerados como «universitarios». Bien está, que se cultive la formación humanística—y lo dice don Rafael, que es un ejemplo claro de ello—, pero que tal adorno no se convierta en cortina de humo que oculte la inopia de una preparación. La sociedad reclama hombres cultos, que sepan en qué lugar está inserta su ciencia o su técnica, pero reclama también expertos en los campos profesionales que atribuye a los graduados en los correspondientes centros universitarios.

En el fondo, es una expresión del «complejo de inferioridad» de muchos veterinarios, que no tienen una fe clara en sus propios merecimientos, ni en la calidad de su profesión y que, como rechazo, son capaces de echárselas al mismo Leibnitz, como diría Menéndez y Pelayo, con unas simples lecturillas. El riesgo de tales aventuras extraprofesionales lo detecta rápidamente don Rafael, que recomienda el cultivo de las humanidades a cuantos se sientan con vocación y condiciones para ello, pero se precave de quienes simplemente quieren dar cauce a su vanidad. Otras profesiones universitarias pueden tener individuos cursis, o torpes,



que no deterioran la imagen que se tiene de la colectividad, pero una profesión universitaria joven, como la Veterinaria, que arrastra tópicos sobre sus espaldas, no puede cometer semejante desatino. El fiar la nueva imagen de la Veterinaria que se quiere hacer a los esfuerzos de la propaganda, es sumamente arriesgado, porque siempre se corre el riesgo de descubrir la grosera trama del tapiz, en ausencia de una labor eficaz de un alto porcentaje de sus componentes. En este sentido, qué duda cabe, han dado una imagen mucho más atractiva los éxitos con motivo de la lucha contra determinadas epizootias, o las mejoras habidas en las calidades de nuestros ganados, que mil bailes de sociedad, a pesar de que también se hiciera Veterinaria bailando un rigodón, como dijeron nuestros predecesores.

Realmente, la sociedad española ha venido conociendo de modo inexacto, más que desconociendo, lo que es la Veterinaria. La consideración un tanto mediocre, casi peyorativa, de la que son testimonio las alusiones al veterinario en la literatura—como nos ha recordado Madariaga de la Campa—también preocuparon a don Rafael. En verdad, no cabe decir simplemente que la sociedad está equivocada, a pesar de que reconozcamos que sus mecanismos informativos no funcionan con suficiente rapidez, en algo que no interesa a los políticos. Lo procedente sería hacer autocrítica, para ver en qué medida somos responsables de tal estima y, una vez aclarado el problema, tratar de abordarlo desde dentro. Como antes decíamos, pesa sobre nosotros una tradición tópica, agravada por nuestra pertenencia al mundo experimental de la biología, no en la esfera médica que, con buenas razones nos preocupa a todos, sino en el medio rural, entre gentes de poca influencia, como son todos los miembros de la Cenicienta por antonomasia, la Agricultura y sus derivados. En España, habría que sumar también el desprecio hacia el trabajo manual, que caracterizó los años más «gloriosos» de nuestro imperio y que, en coletazos, sobrevive aún en nuestra sociedad. Ese fenómeno, que tradicionalmente ha llevado a los universitarios a preferir las humanidades por las ciencias, hasta los últimos tiempos, viene arropado por la estima que alcanzaron en la sociedad los hombres de letras, que parecían los únicos depositarios de la Cultura, con mayúscula. No pocas veces, muchos de estos hombres «cultos» no han sido otra cosa que meros eruditos, repetidores de lecciones apren-

didas y carentes de todo sentido creador. Operadores con nociones prestadas, que no podían comprender que en los actos médicos veterinarios, aun los más simples, subyacía una elaboración intelectual, fruto de largos años de aprendizaje humano y de ejercicio del discurso. Cabe mencionar la experiencia que tenemos muchos, de la sorpresa que llevan algunos universitarios cuando conocen a veterinarios que cultivan actividades extraprofesionales con dignidad. Igualmente, cuando, al visitar las Facultades de Veterinaria, advierten el clima de trabajo y de calidad científica que va lográndose en ellas, no inferior a la media de las Facultades universitarias de España.

En resumen, don Rafael González Álvarez, desde su especialidad de Histología y Anatomía patológica, se elevó para ver en toda su dimensión la profesión veterinaria. Con criterios de disector, ha separado sus partes, a medida que la actualidad lo demandaba, pero siempre ha terminado integrando las diversas piezas, para construir un sistema armónico, alejado de las exclusiones, de las hipertrofias y de la moda. Su gran sentido común, su equilibrio, su cultura y su lucidez, le han permitido alejarse de los maximalismos en que han caído muchos iconoclastas, cuyas posturas de hace unos años ya nadie recuerda. Ello no ha impedido que, en algunos momentos, le hayan colgado el sambenito de «aguafiestas», como él dice, o de fanático de los estudios médicos, pero, si alguna vez los claustros de las Facultades estuvieron acertados, acaso haya sido en la última propuesta de plan de estudios, donde se postularon las tres especialidades que constituyen la profesión (medicina animal, producción animal y economía, e higiene y tecnología de los alimentos), pero manteniendo el tronco común de la Veterinaria clásica para las tres. Esa batalla, puede tener don Rafael la satisfacción de haberla ganado, sin haber participado en ella en directo.

---

Don Rafael González Álvarez, anciano ya, vive en los alrededores de Madrid, constantemente atento a todos los movimientos culturales y profesionales de la patria. Es posible que alguna vez haya pensado, como Cervantes en el prólogo al Quijote, en aquella triste sentencia

*Donec eris felix multos numerabis amicos  
Tempora si fuerunt nubila, solus eris...*



Acaso tenga razón, en parte, y le hayan fallado algunos. Pero en estas tierras de León, donde él nació, todavía le quedan amigos y admiradores.

León, 28 de noviembre de 1975

# V. DESDE SANTIAGO DE LEON DE LOS CARACAS (VENEZUELA) A LEON DE LAS ESPAÑAS

De CARLOS RUIZ MARTÍNEZ

al doctor RAFAEL GONZÁLEZ ALVAREZ (\*)

Estoy en deuda contigo, querido Rafael, te decía yo en una primera de mis cartas a que antes hice referencia, porque acababa de recibir desde Jaén un bojote de *Semanas Veterinarias* correspondientes a los años 1935 y 1936, enviadas por Salvador Vicente de la Torre, con quien he venido manteniendo fraternal e ininterrumpida correspondencia hasta pocos días antes de su muerte, y en una de esas *Semanas*, en la número 1.016 correspondiente al domingo 14 de junio de aquel año fatídico, tuve el enorme placer de leer unos magníficos comentarios tuyos sobre el Prefacio del libro *Historia de la Medicina Veterinaria* de nuestro eminente maestro, el profesor Emmanuel Leclainche. En ese mismo número, querido Rafael, en la página 424, Sección «Cuestiones generales» bajo el título: «Un documento valioso» hiciste unos generosos comentarios sobre el índice general, por orden de Autores y Materias, elaborado por mí, en el cual incluí las 6.825 fichas por Autores, clasificadas seguidamente por Materias, que hicieron el gran total de 13.650; a tal volumen alcanzó, en veinticinco años de labor ininterrumpida (1911-1936) la obra extraordinaria publicada por nuestro querido don Félix Gordón Ordás. Las fichas del referido Índice General, cuidamos de señalarlas con las abreviaturas T. O. (Trabajos Originales); C. I. (Crónicas e Informaciones); T. T. (Trabajos Traducidos); N. C. (Notas Clínicas); R. R. (Revista de Revistas) y L. (Autores y Libros). Además, al final del Índice de Materias, incluimos todas las «Noticias, Consejos y Recetas» de esta Sección por el orden correspondiente a los tomos en que fueron publicadas.

Fue de este modo como se elaboró aquel voluminoso número de 475 páginas, el número 12, co-

rrespondiente al mes de diciembre, con el cual se cerró el año 1935 y con él, el tomo XXV de nuestra tan querida revista de *Higiene y Sanidad Veterinaria*, de la que fue fundador don Félix Gordón Ordás. De esta revista, como tú sabes, así como de su suplemento *La Semana Veterinaria*, me cupo el honor de ser director *ad honorem* desde el año 1931 hasta el mes de junio de 1936, con el cual se acabó para siempre la tan internacionalmente prestigiada revista del ilustre veterinario español.

Permíteme ahora, Rafael querido, que para completar estos gratos recuerdos de nuestra Historia, reproduzca seguidamente aquel bello artículo que tan generosamente te sirvió para felicitarme. He aquí, lo que tú escribiste en aquella lejana fecha del 14 de junio de 1936.

«Un documento valioso.—La publicación del tomo de diciembre de 1935 de la revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias*, invita a hacer algunas reflexiones sobre la actividad científica de nuestra profesión en estos veinticinco últimos años. El volumen citado es un minucioso índice bibliográfico de los autores y trabajos aparecidos desde que se fundó hasta ahora, en el que no sólo están los trabajos originales, sino los traducidos, los informativos, los extractos de otras publicaciones y las secciones de crítica de los libros. Es, por tanto, un precioso guía documental, pues por el amplio criterio que ha presidido a la sección referata, en él se encuentran no sólo las traducciones o resúmenes de las aportaciones más importantes de la ciencia veterinaria contemporánea, sino incluso de las ciencias biológicas en general. Pero aparte de este valor orientador para el investigador o el simple curioso, la contemplación del referido índice nos obliga a un examen de conciencia retrospectivo del que brota la luz que fuerza a reconocer el avance considerable de una profesión en el camino de su deber científico. Puede decirse que toda la historia del esfuerzo investigador de la Veterinaria española en las últimas décadas ha quedado reflejado en las páginas de la revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias*, ya que la revista *Veterinaria de España*, publicada en Barcelona, aunque excelente en todos sus aspectos, ha llevado un curso interrumpido y fragmentario, muy de lamentar, y que le priva de aquella continuidad noticiaria que para el buscador de datos es tan fundamental.»

«La impresión de este ciclo histórico de la Vete-

(\*) Boletín SYVA, núm. 211, febrero 1976.



rinaria en nuestro país y que coincide con la creación del Cuerpo de Inspectores de Higiene Pecuaria, con la labor extraordinaria de García Izcara, con el vigoroso cenit investigador de Gallego y con el alto estímulo personal y profesional de Gordón Ordás, es francamente optimista, si se vuelve la vista más atrás y se compara con lo que era la aportación española en el tránsito de un siglo a otro.»

«Ciertamente que aún se debe exigir más y que nuestro movimiento es relativo al de otras profesiones vecinas, una de ellas la médica, cuyos progresos evidentes la colocan a una gran altura. Llegar a este mismo nivel es un deber de honor, no tanto por la cantidad como por la calidad de los trabajos. Si algo falta también a nuestra labor es una cierta sistematización. Pero no pidamos peras al olmo, y, en fin de cuentas, este mal aqueja a casi toda la producción científica española.»

«Constituye, pues, un acierto la idea ya realizada de publicar el índice que comentamos, en cuya elaboración minuciosa e ingrata ha intervenido nuestro compañero Carlos Ruiz, al que hay que felicitar sinceramente. Una profesión se afirma socialmente por su labor interna, por la sustancia de sus contribuciones culturales, mucho más que por el proteccionismo del Estado, encubridor a veces de la vaciedad o de la importancia de sus organismos parasitarios.—*Rafael González Alvarez.*»

Pues bien, Rafael, para no perder el hilo de esta narración, rigurosamente histórica, permíteme ahora que en honor tuyo destaque la extraordinaria participación científica que tú tuviste en esta revista, primero como miembro del Cuerpo de Redactores, y ello, si la memoria no me es infiel, desde el año 1919, hasta el mes de junio de 1936, nada menos que diecisiete años. El cuerpo de redacción estaba integrado para esta última fecha por dos profesores de Escuela de Veterinaria, don Moisés Calvo, de la de Zaragoza, y tú, que eras director de la de Madrid; por un abogado (el doctor Julián Izquierdo); por un miembro del Cuerpo de Inspectores de Higiene y Sanidad Pecuaria (don Cayetano López y López); por un veterinario titular (don Felipe Romero) y por cinco veterinarios militares (Fernando Guijo, Manuel Medina, Alfredo Salazar, Ramón Tomás Saura y quien esta



*Don Rafael en una fotografía familiar.*

carta te dirige, a la sazón director del Instituto de Biología Animal).

La revista tenía treinta colaboradores fijos: Gabriel Alvarez, veterinario militar; Alvaro Arciniega, director del Servicio Pecuario de Vizcaya; Crescenciano Arroyo, veterinario militar; Armando Calvo, director del Matadero de Oviedo; Tomás Campuzano, catedrático de la Escuela de Madrid; Pedro Carda, veterinario militar; Rafael Castejón, director de la Escuela de Córdoba; Leandro Cervera, médico y veterinario en Barcelona; Cruz Gallástegui, director de la Misión Biológica de Galicia; Jerónimo Gallardo, veterinario militar; Joaquín Gratacós, veterinario municipal de Barcelona; Manuel Gutiérrez, veterinario en Cerecinos de Campos (Zamora); Francisco Hernández Aldabas, veterinario en La Línea (Cádiz); Juan Homedes, del Instituto de Biología Animal; Amado Izquierdo, veterinario militar; Francisco López Cobos, veterinario militar; Pablo Martí, inspector provincial veterinario; Fausto Martín, veterinario en Terrientes (Teruel); José Ocáriz, veterinario militar; Eduardo Pallarés, director del Laboratorio Municipal de León; Tomás Rodríguez, catedrático en la Escuela de León; Juan Rof Codina, inspector general veterinario; Juan



Ruiz Folgado; Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid; Emiliano Sierra, inspector provincial veterinario; Santiago Tapias, subdirector de la Estación Pecuaria Central; Nicostrato Vela, director del Matadero de León; Nicéforo Velasco, veterinario en Valladolid; José Vidal Munné, del Laboratorio Municipal de Barcelona, y Antonio de Zulueta, profesor de la Facultad de Ciencias de Madrid.

En función de corresponsales literarios contábamos en todas y cada una de las provincias de España, en las posesiones y protectorado en África y en las cuatro Escuelas de Veterinaria, con un dinámico servicio informativo gracias al cual pudo publicar pronto todas las noticias de algún interés para la Clase; e igualmente contó con referencias directas del extranjero y, sobre todo, de la América Española, donde esta revista tuvo siempre buenos y numerosos lectores y simpatizantes.

Pero es de ti, querido Rafael, de tu importantísima colaboración, de la que yo quería hacer especial mención y aun a trueque de herir tu natural y jamás desmentida modestia, permíteme destacar los títulos de tus principales estudios y trabajos publicados en la revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias*. Son los siguientes: Tres Conferencias del profesor Carracido (T. O.), t. IX, pág. 39, 1919.—La base química de la especificidad y de la individualidad (T. O.), t. IX, pág. 483, 1919.—El punto de vista físico-químico en la contracción muscular (T. O.), t. XI, pág. 435, 1921.—Nota técnica biológica sobre el borato de plata amoniacal (T. O.), t. XI, pág. 583, 1921.—Algunas observaciones sobre la estructura de espundias (con cuatro grabados en negro, en una lámina) (T. O.), t. XIII, pág. 447, 1923.—Nota técnica sobre la manera de fijar la eosina a los tejidos conservados en formol (T. O.), t. XIV, pág. 645, 1924.—Contribución a la histología patológica de la sarcosporidiosis muscular del cerdo (con cuatro grabados) (T. O.), t. XV, pág. 387, 1925.—Impresiones de una misión de estudio. Tres meses en la Escuela Nacional de Veterinaria de Alfort, Francia (con 12 grabados) (T. O.), t. XV, pág. 656, 1925.—Nota acerca de la sarcosporidiosis ovina (R. R.), t. XVI, pág. 465, 1926.—Algunas consideraciones acerca de la fórmula hemo-leucocitaria del caballo (R. R.), t. XVI, pág. 898, 1926.—Manual elemental de técnica micrográfica para veterinarios y estudiantes de veterinaria (L.), t. XVIII, página 95, 1928.—Sobre las modificaciones histo-

lógicas de testículo castrado a gran mordaza en el caballo (con dos grabados) (T. O.), en colaboración con J. de Pablo Lachós, t. XVIII, pág. 97, 1928.—La demostración de los microbios subviables y el problema de la generación de las formas vitales (C. I.), t. XVIII, pág. 536, 1928.—Un nuevo punto de vista para comprender la difteria aviar y las bases de la naturaleza de su prevención y curación (R. R.), t. XVIII, pág. 603, 1928.—Contribución al estudio de los tumores de epitelio reticulado. A propósito de un endoteliooma de la membrana clignotante del caballo (con cinco grabados) (T. O.), t. XVIII, pág. 617, 1928.—Observaciones acerca de la formación de las células de Langerhans en los epitelioomas de la membrana clignotante del caballo, de carácter pigmentario (con dos grabados) (T. O.), t. XVIII, página 833, 1928.—La naturaleza de los fenómenos vitales (C. I.), t. XIX, pág. 348, 1929.—Las orientaciones de la psicología de los animales (C. I.), tomo XIX, pág. 516, 1929.—La vacunación contra la difteria aviar. Los resultados prácticos (N. C.), t. XIX, pág. 634, 1929.—Asamblea Veterinaria Iberoamericana (T. O.), t. XIX, pág. 927, 1929.—Orientaciones más convenientes en los estudios de Veterinaria (T. O.), t. XIX, pág. 927, 1929.—Acerca de la estructura curiosa de los tumores quísticos de la cerda (con tres grabados) (T. O.), t. XX, pág. 317, 1930.—La mutación castorrex. Biología y Zootecnia (C. I.), t. XX, página 236, 1930.—Angio-mixo-sarcoma de un capón (estudio histológico con cuatro grabados) (T. O.), tomo XX, pág. 529, 1930.—Contribución al conocimiento de la génesis histológica del riñón poliquistico del cordero (T. O.), t. XXI, pág. 5, 1931.—Manual elemental de Técnicas Micrográficas (L.), tomo XXI, pág. 323, 1931.—Un ósteo-endotelio-sarcoma de una palmípeda (T. O.), t. 21, página 847, 1931.—El problema de la diarrea blanca bacilar de los polluelos. Tratamiento. Eliminación de porta-gérmenes (T. O.), t. XXIII, pág. 24, 1933.—Compendio de Histología. Fascículo I (La célula de los tejidos) (L.), t. XXIII, pág. 138, 1933.—Compendio de Histología (L.), t. XXIII, pág. 829, 1933.—La herencia patológica en los animales domésticos (C. I.), t. XXIII, pág. 907, 1933.—Algunas observaciones en torno a las lesiones histológicas de la mamitis estreptocócica de la vaca (T. O.), t. XXV, pág. 649, 1935.—Resultan en esta lista de trabajos un total de 30 contribuciones, de las cuales 17 fueron trabajos originales, 4 re-



vistas de revistas, 5 crónicas, 5 notas clínicas y 2 libros.

Un ilustre colega francés, el doctor Pierre Escande me recordaba, Rafael, apenas iniciado mi exilio, que para triunfar en la vida se necesitaban tres cosas: la primera *saber*, la segunda *saber hacer lo que se sabe* y la tercera *saber hacérselo saber* a los demás.

Y es verdad. En Veterinaria, el conocimiento de nuestra ciencia, el *saber*, nos lo ofrecen nuestros profesores en las Facultades, quienes además nos enseñan el arte de *saber hacer* lo que de ellos aprendimos, pero también es necesario *hacérselo saber* a cuantos nos rodean.

Tú has sido, Rafael, durante toda tu vida un competente profesor desde la Cátedra, como lo proclaman las numerosas e ilustradas generaciones de veterinarios que en tu Cátedra se formaron y como lo confirman los libros que salieron de tu talento; como nos lo ilustran las páginas de nuestras revistas, semanarios y boletines, incluso ahora, cuando la inexorable jubilación te apartó de la Cátedra, supiste regalarnos tu saber, y tus buenos consejos desde este bellissimo Boletín de SYVA, que también a mí me llega, para recreo de mi espíritu, hasta Venezuela, gracias a la generosidad de sus fundadores, creadores y mantenedores.

Soy a este respecto, testigo de mayor garantía, y en razón a mi avanzada edad, cuántos y cuán gratos han sido tus estudios, tus propias investigaciones, tus reflexiones en los breves instantes, entre las horas del trabajo de todos los días, en que tu amena compañía me hizo no sentirme solo, releyendo una vez y otra en mi colección de revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias* y de *La Semana Veterinaria*, donde sobre tu firma se acumulan, a partir del año 1919 los bellos y sustanciosos comentarios de tu pluma... ¿Tantos años han pasado?... Sí, Rafael... Recuérdalos como yo los estoy recordando ahora... en tu honor... Y has sido también gran conversador, elocuente orador y desde luego excelente escritor. Un intelectual completo que has sabido granjearte el afecto sincero de tus colegas y el cariño de tus numerosos discípulos.

\* \* \*

Estás en el escalafón del Ilustre Cuerpo de Profesores, en nuestras Facultades, al lado de un profesor para nosotros también muy querido y admi-

rado don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, profesor magnífico y magnánimo durante la misma época que tú en Madrid, en la Escuela Superior de Veterinaria en Córdoba y como tú en Madrid, decano de aquélla cuando nuestras Escuelas Superiores elevaron su jerarquía a la de Facultades Universitarias.

Seguramente te será grato recordar ahora conmigo, en el acto en que tus muchos discípulos y amigos fraternos generacionales te rendimos homenaje, en los Laboratorios SYVA de León, que con tanto gentileza nos une siempre, una fecha singular en la Historia contemporánea de la Veterinaria Española, que en el reloj del tiempo se situó en el mes de junio de 1936, cuando, como si hubiéramos presentado que estábamos viviendo ya en el umbral de la espantosa tragedia que habíamos de comenzar a sufrir al mes siguiente, nos apresuramos nosotros los veterinarios españoles a rendir homenaje a ese otro ilustre profesor cordobés cuyo nombre acabo de citar, que fue mi compañero durante los años de nuestro bachillerato en el Instituto de Córdoba, y después convivimos en aquella Escuela de Veterinaria, Sultana de Andalucía, hasta convertirse él en mi maestro de Zootecnia en el último curso 1917-1918, en que ya desempeñaba, y con cuánta elegancia y sapiencia, el cargo de profesor auxiliar en nuestra Escuela.

En el número 1.015 de *La Semana Veterinaria* correspondiente al año XX, domingo 7 de junio de 1936, en cuya primera página presentamos el monumento erigido por la Clase Veterinaria Española en los jardines de la Escuela de Madrid, de la que tú eras director, a la memoria del que también lo fue durante la época en que nació y se forjó con su talento y su esfuerzo la moderna Veterinaria Científica e Investigadora, don Dalmacio García Izcarra, encontraremos las respectivas crónicas del acto inaugural de este monumento y más adentro (págs. 409-414) el del homenaje a Castejón en la de Córdoba.

\* \* \*

Una prolongada ovación siguió al emocionado discurso del presidente de la A.N.V.E. tras el cual cerraste tú el acto con el bello discurso que el cronista extrajo de esta manera:

Comenzaste expresando tu gratitud a todas las representaciones, tanto veterinarias como de otras



profesiones y entidades por su presencia en el acto.

Hiciste resaltar la significación que tuvo don Dalmacio García Izcara en su actuación como profesor incorporando las nuevas doctrinas experimentales de la Biología en un momento crítico para la Veterinaria Española, en que gran parte del profesorado estaba ya formado irrevocablemente y en trance imposible de renovarse.

«Don Dalmacio—dijiste—supo con admirable flexibilidad insertarse en variadas facetas de la enseñanza y de la investigación, y lo mismo escudriñaba los más menudos detalles anatómicos de un cadáver, que practicaba las más difíciles operaciones quirúrgicas o se le veía con la bata blanca en el laboratorio de Bacteriología. Su acción social tomó el carácter de una verdadera campaña nacional para enseñar al ganadero español los nuevos métodos de la profilaxis de las epizootias. Fue nuestro Nocard, recogiendo y aplicando a la Veterinaria las técnicas desprendidas de la escuela pasteriana. Nadie ofreció a la clínica un mayor número de aportaciones personales, de experiencias vividas que este veterinario insigne, cuya obra dispersa en observaciones propias, podría recogerse y formar nuestro libro de patología veterinaria española.

Voy a terminar permitiéndome discrepar de la opinión que el Comité del monumento ha expuesto, favorable a que éste se hubiera colocado en una plaza o en un rincón de un parque madrileño. El calor emotivo de los monumentos materiales no está en su mayor o menor publicidad. Está en el poder evocador que suscitan. Dejemos el ágora, la plaza pública, el tumulto de la vida para esas figuras que hemos dado en llamar conductoras de masas o de multitudes. Pero don Dalmacio era un hombre modesto, sabio y bondadoso. Nada hubiera dicho su gesto inmóvil al vulgo que deambula por las calles. Para estos hombres reservemos el hogar de sus trabajos, la paz de la casa donde dejaron su esfuerzo. Desde donde su espíritu pueda contemplar este espectáculo, don Dalmacio agradecerá verse en el jardín de la Escuela suya, bajo el pino que él plantó. Aquí sabremos todos mirar la piedra del monumento y rodearla de ese halo espiritual con que el recuerdo emocionado trasustancia las cosas materiales y las dota de la vida íntima que habla el lenguaje mudo del sentimiento.»

Creo Rafael, que me quedan muchas cosas más que decir en tu honor, que el apremio con que te

escribo me lo impide. No puedo por menos que acordarme al despedirme de ti, para que puedas recibir cuanto antes este cartapacio, de aquella otra despedida que hicimos a Gordón el 27 de mayo de 1936, cuantos con él colaborábamos en sus afanes veterinarios, en el revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias*, en *La Semana Veterinaria*, en su Dirección General de Ganadería e Industrias Pecuarias, en nuestra tan querida Asociación Nacional Veterinaria, en el Instituto de Biología Animal que tú has conocido bien... en el momento de embarcar hacia Méjico...

Sabíamos que él iba a triunfar y la seguridad de su triunfo nos confortaba y alegraba... ¡Embajador de España en Méjico! ... Pero en España, su España y la nuestra, quedábamos todos los veterinarios sin excepción con la inquietud que nos punzaba su ilimitada ausencia. En la despedida que le hicimos en *La Semana Veterinaria* (número 1.010, Año XX, de aquel domingo 3 de mayo de 1936), pueden leerse estos párrafos: «Es Gordón quien ha traído a la Clase a esta profunda crisis renovadora de la cultura, del espíritu y de la economía Veterinaria tras de una dura lucha que quedará siempre como ejemplo de maravillosa energía y afortunada concepción. Fue él quien hizo de una profesión insensible, resignada, moribunda, un organismo de aguda sensibilidad; más que inquieto, rebelde; con pulso vivo, más que vital, febril. Y en este momento de máxima vitalidad de la Clase, el forjador de su espíritu, el que en los tiempos de lucha formuló un programa de reivindicaciones y en las horas de la justicia comenzó a realizarle, el que es guía y esperanza, consejero y valedor de la Veterinaria y los veterinarios, se va lejos y no se sabe por cuánto tiempo... ¡Ah! Bien sabemos que la distancia no romperá el nexo espiritual que le une a nosotros; bien sabemos que, por el contrario, ese nexo ha de hacerse más fuerte y ha de ser conductor de más intensas corrientes emocionales entre su espíritu y el nuestro. Si Gordón ha de sentir en Méjico con profunda emoción las palpitaciones de la vida de nuestra España, nada ha de conmoverle más intensamente—estamos bien seguros de ello—que las palpitaciones de la vida profesional de la Veterinaria, porque «la Veterinaria—le hemos oído decir al abrazarnos en despedida—es carne de mi carne y espíritu de mi espíritu». Pero la tutela directa, la protección inmediata ha de faltarnos, y hemos de suplirla los veterinarios con nuestro esfuerzo.



Somos ahora los veterinarios todos—amigos y enemigos de Gordón con tal que se sienta noblemente el ideal veterinario—los depositarios de su creación veterinaria y los responsables de los destinos de la profesión. El nos puso en condiciones, las más favorables que pudiéramos soñar, de ocupar una situación señera en la vida nacional; a nosotros nos corresponde ahora mantener esta situación ventajosa y mejorarla. Pero, ante todo, merecerla; por méritos de laboriosidad, de desinterés, de eficacia en el esfuerzo y de elevación en los propósitos. Nunca como ahora es necesaria la unión sagrada de todos los veterinarios de buena fe para defender la obra de Gordón. Ante él hemos de responder de nuestras conductas y de sus resultados. Y los que nos sentimos iluminados por sus ideales y orgullosos de su confianza queremos que nuestra despedida sea una promesa: que hemos de poner toda nuestra voluntad, todo nuestro entusiasmo, lo mejor de nuestro espíritu, lo mejor de nuestra vida, en mantener su obra, para no sentirnos avergonzados ante él cuando, antes o después—y ojalá sea muy pronto—su destino político le devuelva a nuestro suelo con nuevos prestigios, con nuevos merecimientos y con nuevos honores.

Para este empeño de honor profesional nos son ahora, más que nunca, necesarias las asistencias de todos los compañeros y a todos les pedimos que nos estimulen, nos conforten y nos apo-



yen con sus consejos, con su adhesión y con su confianza.»

Una vez más, Rafael, con un cordial abrazo, recibe el fraterno homenaje de mi admiración y mi cariño.

Caracas: 16-12-75

#### REFERENCIAS

- (1) Para conocer esta etapa juvenil de don Rafael, véase su artículo «Recuerdos veterinarios sobre un fondo leonés» en el núm. 194 del Boletín SYVA, León, julio-agosto 1974, págs. 220-223.
- (2) Carta del 19 de octubre de 1975.
- (3) *Opus*, C. T. Pág. 223.
- (4) Cfr. *The Sarcosporidia. A Critical Review* (1930).
- (5) Cfr. el núm. 4 de 1936 de dicha publicación.
- (6) Cfr. el diario *Ya*, de Madrid, de octubre de ese año. Véase igualmente la noticia sobre la inauguración del curso 1947-48 en el *Boletín Ciencia Veterinaria*, núm. 197, del 10 de octubre de 1947, págs. 458-59.
- (7) Relación bibliográfica resumida de los principales trabajos del profesor Dr. Rafael González Álvarez.